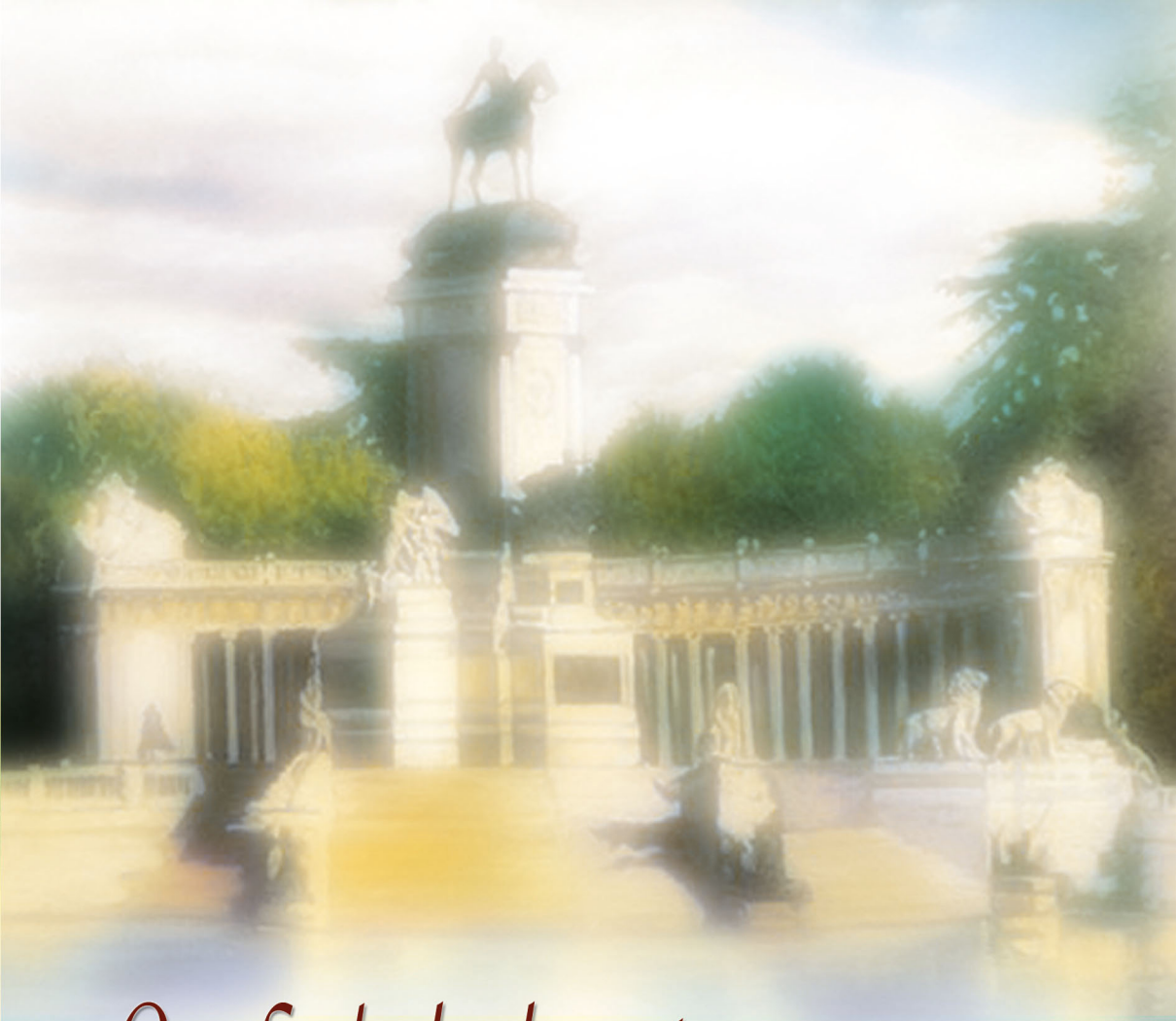


La Soledad mata en Silencio

Jorge Mesa Morales

Vision Libros

La Soledad mata en Silencio

JORGE MESA MORALES

La Soledad mata en Silencio

Vision Libros

LA SOLEDAD MATA EN SILENCIO
© JORGE MESA MORALES
jmgudum@hotmail.com
© Editorial: Vision Libros
c/ Magnolias 35 bis
28029 Madrid (España)
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware

ISBN: 978-84-98861-49-5

Diseño base cubierta: Marian González

Producido por Liber Factory. C/ Sector Embarcaciones 32.
28760 Tres Cantos Madrid (España) produccion@liberfactory.com

Vision Libros, en su deseo de mejorar sus publicaciones agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan:

sac@visionnet.es

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

Para la estrella que me iluminó
cuando este libro era sólo un sueño
en mi mente.

Porque sin ti este cuento nunca se habría hecho realidad,
Porque sin ti la soledad me habría matado en silencio.

Dedicado a ti, "Sofía".
Gracias por todo.

1

La vida es cruel y dura. Y, a veces, es ambas cosas a la vez: dura y cruel. Poco podía imaginarse Javier que aquella tarde de domingo cambiaría su existencia para siempre. Ya nada volvería a ser como hasta ahora. Su mundo se iba a derrumbar como un castillo de naipes, y él no podría hacer nada por evitarlo.

Después de comer y de ayudar a su madre con los cacharros se fue a su habitación. En circunstancias normales se hubiera echado la siesta como tantas veces, pero esa tarde no pudo… estaba nervioso. Se pasó una hora revolviendo el armario buscando algo adecuado para ponerse. Descubrió, entonces, que tenía más ropa de la que pensaba, y recordó las veces que su madre le decía que siempre se ponía lo mismo, que parecía que no tuviera otra cosa… qué razón tenía.

Cuando decidió lo que iba a ponerse, pensó que era mejor que alguien experto en la materia le diera su opinión. Nadie mejor que su madre, que aunque a veces lo cabreaba con sus comentarios, siempre le decía las cosas por su bien. Isabel Valverde quedó sorprendida gratamente, pues reconoció que Javier había elegido bien. Le interrogó sobre la salida que iba a realizar y le dijo que debía ser algo muy importante para que se tomara tantas molestias. Él no era de los que cuidara demasiado su forma de vestir. Creía que todo el mundo tenía la misma importancia y nadie merecía que otro se vistiera de una forma especial para verle.

—Hijo, ¿te has peinado y te has echado colonia? —preguntó Isabel asomándose desde la puerta de la cocina—. Que siempre te lo tengo que recordar... no sé cómo no te das cuenta tú solo.

El chico, que ya estaba a punto de salir de la casa, se volvió y con desgana contestó a su madre:

—Que sí, mamá, que sí. Me he puesto colonia y me he peinado. Que pesadita que eres.

—Sí, sí, pesadita. Pero si no fuera por tu madre irías siempre como un pordiosero. Con lo poco que te cuesta hacer las cosas bien. Parece que te gusta que te esté echando la bronca siempre. Ya sólo por aburrimiento deberías hacer las cosas por ti mismo, sin que yo tuviera que decirte nada. A ver cuando maduras un poquito y te comportas como una persona mayor, que ya tienes edad.

Pero su hijo ya no la podía escuchar. Tras contestarla había salido de la casa por temor a que esa conversación se alargara más de la cuenta. Esa era una de las cosas que más le reventaba de su madre: que estuviera tan pendiente de él y que le tratara como a un niño. Entendía que Isabel se comportara así con él porque era hijo único y todo su cariño tenía un único destinatario, pero no soportaba el excesivo mimo con que su madre lo trataba. Una vez más, y no sería la última en su vida, deseó haber tenido un hermano o una hermana con quien compartir estas y otras cosas...

En realidad Javier no iba a hacer nada especial. Iba a quedar con sus amigos, como tantas otras veces; sólo que esa tarde sería la última vez que se verían antes de que cada uno se fuera de vacaciones… En realidad sería la última vez en que todos los amigos estarían juntos, pero eso Javier todavía no lo podía saber.

El calor apretaba cuando salió de su casa. En la radio había escuchado que se avecinaba una ola de calor procedente del Sahara que haría que las temperaturas subieran aún más. Aquél había sido uno de los veranos más calurosos que se recordaban en Madrid, y todo parecía indicar que el infierno urbano en el que estaba sumida la ciudad no iba a terminarse nunca.

Al llegar a la glorieta del Emperador Carlos V, Javier miró su reloj y tras comprobar que tenía tiempo de sobra, decidió hacer el trayecto que le quedaba a pie. Así daría un paseo y estiraría las piernas, que falta le hacía hacer algún tipo de ejercicio. Además a Javier siempre le había gustado mucho pasear por Madrid y descubrir todas las maravillas que escondía su ciudad.

Se encaminó por el Paseo del Prado y pronto se sorprendió al observar la cantidad de plantas que se adivinaban tras las verjas del Jardín Botánico. Aprovechó la sombra que daban varios árboles para descansar un poco y retomar fuerzas. Habría dado lo que fuera por tener cerca una fuente donde beber agua, pero tantas veces había pasado por allí que recordaba perfectamente que en ese lugar no había ninguna donde poder saciar su sed. Javier sabía que tras esos muros se escondían cientos de especies de plantas únicas en el mundo. Recordó haber leído en algún libro, o en algún periódico, que había sido inaugurado el 17 de octubre de 1755 y que originariamente se asentaba en la orilla del río Manzanares, pero que fue Felipe VI el que en 1781 lo trasladó a su ubicación actual, ésa donde ahora él se encontraba apoyado. Nunca lo había visitado, quizá porque nunca había tenido con quien hacerlo, pero se prometió que pronto lo haría. Sólo esperaba que las flores sobrevivieran al intenso calor para cuando se decidiera a visitarlas.

Llegado a la plaza de Murillo pudo ver una de las joyas de Madrid: el Museo del Prado, una de las pinacotecas más importantes de Europa y del mundo. Tras sus muros, ya centenarios, se podían observar algunas de las mejores pinturas jamás realizadas en la historia. Aunque Javier recordaba que en una visita que hizo años atrás, no sólo había visto cuadros en el interior. Evocaba en su mente haber tenido que bajar a una especie de sótano donde se guardaba multitud de alhajas pertenecientes a Felipe V, que a su vez las había recibido en herencia de su padre Luis, el Gran Delfín de Francia; era lo que popularmente se llamaba el Tesoro del Delfín. Javier se prometió que cuando tuviera tiempo también volvería a visitar el museo, porque recordaba haber leído en los periódi-

cos que el año anterior habían ampliado algunas salas; y le resultaba muy interesante ver el resultado final de aquella obra.

Dejó atrás la estatua de Velázquez y siguió andando camino de la plaza de la Lealtad, desde donde pudo observar lo que para él era el monumento más popular y representativo de Madrid, junto con la Puerta de Alcalá y el Oso y el Madroño: la estatua de la diosa Cibeles. Durante unos segundos el chico se detuvo en la plaza que llevaba su nombre y observó a la diosa de mármol subida en su carro tirado por dos leones. Era fascinante como las manos de algunos hombres podían plasmar en la piedra la imagen de una diosa que se remontaba a los griegos... el hombre era un ser impredecible, capaz de venerar con temor a sus dioses y, a la vez, de representarlos con tanta fidelidad en un trozo de piedra...

El calor seguía apretando con muchas ganas pero, al girar a su derecha en la plaza de Cibeles para tomar la calle Alcalá, una visión le hizo esfumarse todos sus pesares. A lo lejos se recortaba la silueta del monumento más querido por Javier: la Puerta de Alcalá. Subió los pocos metros que le restaban hasta la plaza de la Independencia con una vitalidad renovada y la ver que todavía no había llegado la persona a la que esperaba, se apoyó en la valla que separaba los carriles de la acera; para él y para la persona a la que ahora esperaba, aquel sitio era "la esquina de la rotonda". Ese lugar había sido mágico para Javier desde hacía cuatro años y por mucho tiempo que viviera, nunca perdería ese encanto.

Desde aquella posición privilegiada, y debido a que a esas horas no había mucha circulación, Javier pudo observar el monumento a sus anchas. De estilo neoclásico, sus cinco arcos, los tres centrales de medio punto y los laterales rectangulares, ofrecían la característica más destacable de la composición del arquitecto Francisco Sabatini, que a instancias de Carlos III logró levantar uno de los monumentos más recordados de la capital en 1778 tras nueve años de esfuerzo.

—Adivina quién soy —dijo una dulce voz en la oreja de Javier mientras dos manos tapaban sus ojos.

Javier, que estaba abstraído pensando en la historia de la Puerta de Alcalá, se llevó un susto tremendo, pues no se esperaba algo así.

—Perdona, Javier. Lo siento, no quería asustarte —dijo la voz sin apenas poder contener la risa.

Pasado el impacto inicial, a Javier no le costó nada reconocer a la persona que se escondía tras las manos que le habían privado de la visión momentáneamente. La conocía perfectamente, era la persona a la que estaba esperando.

—No vuelvas a hacerme eso, Sofía. Que yo estoy del corazón y no puedo llevarme esos sustos —dijo Javier riéndose a carcajadas y agarrándose con ambas manos el pecho de manera exagerada.

—Qué tonto que eres —dijo Sofía apoyándose en la valla junto a Javier—. ¿Puede saberse qué hacías tan ensimismado?

Javier volvía a mirar la Puerta de Alcalá y, con la mirada perdida en algún punto de la historia del monumento, dijo:

—¿Sabías que ésta no es la original? La primitiva puerta era sólo un arco barroco que se levantó para festejar la venida de Margarita de Habsburgo, la mujer de Felipe II. El nombre se lo dieron porque indica la dirección de la salida de Madrid hacia Alcalá de Henares y debe pesar una barbaridad porque está hecha de granito y piedra blanca de Colmenar.

Sofía le miró a los ojos durante unos segundos y con la sonrisa más bonita que Javier recordara, le dijo:

—Y tú, ¿sabías que me encanta quedar contigo? Me gusta mucho que me cuentes todas esas historias porque siempre aprendo cosas nuevas de Madrid. Aunque quisieras nunca podrías negar que eres madrileño, ¿eh? Lo llevas en la sangre y me parece muy bonito que alguien quiera tanto el lugar donde nació.

Sofía Olmedo tampoco podría ocultar nunca el lugar donde había nacido, pensó Javier mirándola también a los ojos. Su melena morena, sus ojos color miel, su cara risueña, su acento al hablar, su arte al caminar y su fuerte personalidad la delataban. Por más que quisiera no podía esconder que era andaluza por los cuatro costados. Además era el vivo retrato de su madre, también sevillana como ella.

—Lo que sé es que no te he saludado como es debido —dijo Javier pícaro.

Entonces Javier abrazó a Sofía y la dio un beso en la frente. Ésa era la forma de saludarse que tenían ambos. Ella, por su parte, correspondió al abrazo y también le besó en la mejilla.

A Sofía no sólo le gustaban las historias que le contaba Javier. Le gustaba la forma de ser de su amigo. Él siempre la había escuchado cuando lo necesitaba, siempre se había mantenido en un segundo plano cuando era necesario. Admiraba que Javier siempre sabía estar a la altura en cada momento: sabía hacer reír cuando debía y sabía estar serio cuando las circunstancias así lo requerían. Nunca la había atosigado a preguntas innecesarias y siempre la había ayudado en todo lo que podía y estaba a su alcance. Desde que se conocieron, entre ellos surgió una unión especial. Dentro del grupo de amigos eran los que mejor relación mantenían. Sabían cosas el uno del otro que nadie más conocía y ninguno de los dos se imaginaba la vida sin tener al otro a su lado. No tenían pareja y no querían tenerla. Preferían vivir la vida en esos años de juventud, antes que atarse a alguien para siempre. Eran jóvenes, decían los dos. Ya habría tiempo de echarse novio y novia respectivamente.

—Creo que es mejor que nos marchemos —dijo Sofía mirando su reloj—. Vamos a llegar tarde. Seguro que los demás ya están esperándonos, como siempre.

—Pues que esperen —dijo Javier.

Ambos se dirigieron hacia la Puerta de la Independencia, que daba acceso al conocido Parque del Retiro. Otra de las joyas madrileñas en opinión unánime de los dos amigos. Paseando por los jardines bellamente cuidados de camino al estanque, Javier vio a un barquillero que vendía su mercancía a la sombra de un pino centenario. Sabía que a Sofía le encantaban los barquillos y no pudo resistirse a invitarla a "jugar" una partida para conseguirlos.

El barquillero era un hombre mayor, y muy simpático, que recibió a Javier y a Sofía con gran júbilo cuando se acercaron a él. Pensó que eran una pareja de novios y rápidamente los deseó mucha suerte en su tirada. Javier pagó al hombre los tres céntimos y Sofía hizo los honores de dar vueltas a la ruleta.

—¡¡Vaya, dos!! Lo siento mucho, Javier —dijo Sofía visiblemente fastidiada por el resultado de su tirada—. Siento que te hayas gastado el dinero para esto.

Javier miró sorprendido a su amiga y sin darle mayor importancia dijo:

—¿Y para qué queremos más? Tú y yo somos dos, ¿no? Pues ya está, uno para cada uno.

—Diga que sí joven —dijo el barquillero mientras les daba un barquillo extra a cada uno—. Tomen, éstos se los regalo yo por ser ustedes tan buena gente.

A Sofía se le iluminaron los ojos ante el regalo inesperado que había recibido de aquel anciano. Ambos dieron las gracias al hombre y siguieron su camino mientras degustaban los barquillos, unos dulces que a Sofía en esos momentos le parecieron los más deliciosos que había probado nunca.

—Gracias a ustedes, señores. Que tengan buena suerte en la vida, que se lo merecen —se despidió el barquillero.

Mientras se acercaban al estanque los jóvenes se cruzaron con muchos turistas que iban y venían disfrutando de la calurosa tarde que Madrid les ofrecía. Había algunos que incluso inmortalizaban su paso por el parque con sus cámaras de fotos. Un bonito recuerdo que podrían conservar siempre...

El estanque, como era de esperar, estaba lleno de barcas que navegaban por toda su extensión. Parejas de novios, familias y turistas se esforzaban por no chocar unos con otros en las aguas abarrotadas. Todo el mundo parecía aparcar sus problemas por unos instantes para dejarse llevar por el embrujo del parque y disfrutar del momento.

Bordearon el estanque y se dirigieron a las gradas donde, tal y como había predicho Sofía, ya los esperaban el resto de amigos. Allí estaban Antonio Rivera y su hermana pequeña Marta, junto a Mónica Castillo y sus hermanos Oscar y Guillermo. Los seis mayores se conocían porque todos estudiaban en el mismo colegio.

Nada más verlos, la pequeña Marta salió corriendo a su encuentro. Javier la dio el barquillo que aún no se había comido y la cogió en brazos para darla dos besos sonoros en cada mejilla. Marta era siempre muy cariñosa con Javier porque éste siempre la regalaba caramelos y le dejaba que se los comiera, algo a lo que la niña no estaba acostumbrada ya que sus padres y su hermano no eran tan permisivos. Para ella Javier era como otro hermano mayor, al que quería tanto como a Antonio. Para Javier, Marta también era como su hermana pequeña. Él era hijo único y siempre había deseado tener un hermano, Marta era ese anhelo que nunca podría conseguir.

Seguidamente Marta pasó a los brazos de Sofía que también la dio un par de besos y jugó con ella hasta que llegaron al lugar donde estaban el resto de amigos.

—Siempre sois los últimos en llegar, parejita —dijo Antonio levantándose para saludar a los recién llegados.

Tras él todos los demás fueron saludando a Javier y a Sofía uno por uno.

—Míralos que guapos han venido los dos —dijo Guillermo mientras besaba a Sofía y daba la mano a Javier. Este comentario hizo aflorar alguna carcajada en los amigos y sonrojo en los recién llegados.

Las gradas del estanque estaban pobladas de muchas personas que habían decidido pasar también la tarde allí. A todos les gustaba estar rodeados de gente. La ciudad ese momento se sentía más viva que nunca. Era como estar en el paraíso en medio de un Madrid cada vez más congestionado.

—Bueno, ¿ya sabéis lo que vais a hacer después del verano? —preguntó Mónica iniciando la conversación.

Javier jugaba con Marta relativamente ausente del resto de sus amigos. La niña quería a toda costa acercarse al agua del estanque y Javier temía que en una de esos arranques de valentía la niña fuera a terminar empapada hasta los huesos. Una cosa era permitirle ciertas licencias y otra muy distinta era dejarla hacer todo lo que quisiera. Así que el afán de Javier era llevar a Marta lo más lejos posible del estanque.

—Yo ayudaré a mi padre en la editorial —dijo Sofía—. Ahora, bueno en otoño, es cuando más lanzamientos se realizan y mi padre quiere que cuanto antes me ponga a aprender los entresijos del negocio.

—¿Y a ti te gusta eso? —la preguntó Óscar curioso.

—Bueno, la verdad es que siempre me ha gustado leer. Y trabajar en algo que esté relacionado con los libros no me disgustaría en absoluto. Además así puedo ayudar a mi padre, que sé que le hace mucha ilusión —contestó Sofía.

—Pues que suerte que tienes —comentó con desgana Antonio—. Mi padre no hace más que repetirme que tengo que hacer las pruebas para la Guardia Civil. Desde

que le nombraron comandante no hay día que no me repita que es un honor pertenecer a ese ilustre cuerpo y que mi vida está allí.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Guillermo.

—De momento voy informarme sobre la carrera de Bellas Artes. A mí siempre me ha gustado mucho pintar y algunos profesores me han dicho que tengo talento, así que si logro que mi padre no sufra un ataque al corazón cuando se lo diga, quizá pruebe suerte a ver qué pasa —confesó Antonio.

—Si ese es tu sueño, lucha por él —dijo Javier mientras regresaba del mirador con la pequeña Marta en brazos—. Yo por mi parte, creo que ayudaré a mis padres en la panadería. Ellos no pueden costearme una carrera y creo que les ayudaré más echando una mano en el negocio.

Todos los amigos detectaron cierta tristeza en las últimas palabras de Javier. A ninguno se le escapaba que la familia de Javier no podía derrochar el dinero, puesto que una panadería no daba para mucho más que mantener a duras penas a una familia. Ninguno quería compadecerle, porque Javier no lo necesitaba, pero sabían que ese chico se merecía una oportunidad mejor de la que la vida le había reservado.

—¿Y tú, Mónica? —dijo Antonio intentando acabar con ese incómodo silencio que habían provocado las palabras de Javier—. ¿Qué tienes previsto hacer?

—Yo ya he solicitado una plaza en el conservatorio de música —contestó orgullosa—. Si Dios quiere estudiaré piano y violín, que es lo que más me gusta. Para mí la música es mi pasión y me encantaría poderme ganar la vida con ello.

—Y además tienes mucho talento para ello —apostilló Sofía—. Yo, que te he escuchado varias veces ya, creo que es lo mejor que puedes hacer. Algún día todos iremos a verte en algún concierto y nos alegraremos de que triunfes por todo el mundo.

—Bueno, bueno, ya será menos —dijo Mónica visiblemente sonrojada por las palabras de su amiga.

En ese momento Óscar se levantó de su sitio con aire ceremonial y colocándose de frente a resto de sus amigos, que permanecían sentados, dijo:

—Ya que parece que a nadie le importa, yo me encargaré de contaros lo que haremos Guillermo y yo. Por lo pronto, la semana que viene nos iremos a casa de unos tíos que tenemos en Toledo a pasar el verano y allí, a partir de septiembre, estudiaremos Derecho. Así que no quiero que os metáis en ningún lío hasta que hayamos terminado la carrera, ¿está claro? Que cuando acabemos de estudiar necesitaremos algún cliente...

Todos rieron la ocurrencia de Óscar, aunque Guillermo no parecía tan entusiasmado con la idea de marcharse a otra ciudad. Él prefería haber estudiado cualquier cosa que le permitiera quedarse en Madrid. Para él toda su vida estaba aquí: amigos, familia; y ahora debía acompañar a su hermano a la conquista de un sueño que le era totalmente prescindible.

En ese momento Marta, que había estado jugando con las palomas ajena a la conversación de los mayores, subió tres escalones del graderío y abrazó con sus brazos el cuello de Javier mientras con tono dulce le decía al oído:

—¿Tienes un caramelo, Javi? Es que tengo ganas de comer algo dulce.

—Pues... no —dijo Javier cogiendo la niña por encima de sus hombros y haciéndole cosquillas en la tripa—. Pero lo que tengo es ganas de comerme a una niña pequeñita... ja, ja, ja.

Las risas nerviosas de la niña llenaron el ambiente. Era una risa que alegraba al más triste. Era una risa sincera, de esas que demostraban que uno era feliz y que no tenía ninguna razón para no serlo.

—Toma cariño —dijo Sofía buscando en su bolso —. ¿De qué lo quieres: de fresa, naranja, o... limón?

La niña frunció el ceño pensativa. Ahora sí que tenía un problema. No sabía muy bien cual era su preferido, porque todos la gustaban. Qué ironía: el gran dilema de un niño podía ser elegir el sabor del caramelo que quería comerse. Qué bonita era la inocencia de un niño... y que pena que la vida te hiciera perderla más pronto o más tarde.

—Pues... no sé...

—Pues, toma uno de cada —le dijo Sofía con cariño—. Pero sólo cómete uno, ¿eh? El resto guárdatelos para otro día.

Marta se acercó a Sofía y tras recoger los caramelos que ésta le ofrecía, la dio un sonoro beso en la frente después de darle las gracias. Rápidamente se guardó los dos caramelos que no se iba a comer en el bolsillo y se dispuso a saborear el de fresa.

—Oye, tú, enana. Como vuelvas a pedir más caramelos se lo diré a mamá para que no te deje venir más veces —dijo Antonio con cierta guasa intentando ser lo más autoritario posible.

Pero Marta no le hizo ni caso. Por el contrario, se sentó un escalón más bajo que Javier y se puso a contemplar el atardecer en el estanque mientras se daba su propio festín particular. A su vez Javier, inconscientemente, acariciaba las coletas de pelo castaño de la niña.

—Déjala, hombre, que la vas a crear un trauma por tener un hermano tan cascarrabias. Ya empiezas a tener la mala leche necesaria para ser guardia civil... A lo mejor tiene razón tu padre y si haces las pruebas lo mismo te cogen y todo —dijo Guillermo riéndose claramente de su amigo.

Ninguno de los presentes pudo reprimir la risa por el comentario de Guillermo y Antonio tuvo que aguantar una vez más que sus amigos terminaran por divertirse a su costa. Cierto era que no le molestaba... eran sus amigos y les estaba permitido todo.

La tarde iba avanzando y el calor remitía un poco gracias a la suave brisa que llegaba refrescada por el agua del estanque. La gente seguía paseando por el parque y nadie parecía ser consciente de que esos momentos que ahora disfrutaban eran únicos y que nunca podrían volverlos a vivir. Pocas personas llegaban a darse cuenta en su vida de que cada segundo era importante, y que había que disfrutar de cada instante que se vivía, porque nunca se sabía lo que podía deparar el futuro. Un futuro que alguien debía manejar en alguna parte del universo y que, a veces, parecía disfrutar jugando y haciendo daño siempre a los mismos. La vida podía ser muchas cosas, pero seguro que justa no era la palabra que mejor la podía definir.

—Bueno mucho hablar de después del verano, pero todavía no nos hemos dicho lo que vamos a hacer estos meses —dijo Sofía reavivando la conversación—. Yo ya os he dicho que me quedaré en Madrid ayudando a mi padre, aunque puede que bajemos a Sevilla para ver a mis tíos si no estamos muy liados.

—Pues entonces ya somos dos los que nos quedaremos en la capital, porque mi padre creo que no va a tener vacaciones veraniegas este año con todo lo del nombramiento —contestó Antonio con desgana—. Ya me veo aguantando todo el verano al comandante poniéndome la cabeza como un bombo con las pruebas de acceso... bla, bla, bla...

La expresión de Antonio era de verdadera angustia. Todos sus amigos sabían que no le hacía ninguna gracia la idea de ingresar en la Guardia Civil, pero también sabían lo que la perseverancia de un padre podía conseguir.

—Vamos a ser tres —dijo Javier—. Yo también me quedaré aquí porque mis padres quieren hacer reforma en la panadería y me parece que la obra nos ocupará todo el verano. La idea es que la nueva panadería esté operativa para septiembre, así que...

—Pues menudo plan, chaval —dijo Antonio—. Bueno, al menos, quedaremos algún día para liberarnos de nuestras ataduras paternales, ¿no?

—Por supuesto que tendremos que quedar para vernos. Ya que no vamos a poder salir, por lo menos intentaremos disfrutar de Madrid, que también tiene cosas muy bonitas —aceptó Sofía.

—Contad conmigo —dijo Javier.

—¡¡Y conmigo también!! —gritó la pequeña Marta.

Todos se rieron ante el comentario de la niña, aunque ella no entendió el por qué de aquellas carcajadas. Poco a poco se iba acostumbrando a que los mayores se rieran de ciertas cosas que decía y que para ella eran de lo más normal. Su inocencia la daba ese toque de descaro que a ciertas edades era gracioso y que con el paso del tiempo todos perdían.

—Faltaría más que la señorita no se metiera por medio —refunfuñó Antonio.

—Déjame en paz, yo me iré con Sofía y con Javier porque ellos me van a llevar, ¿a que sí? —contestó Marta con un enfado creciente por momentos.

Entonces Sofía viendo que el dialogo entre los dos hermanos podía acabar de forma poco amistosa se levantó de su sitio en la grada y se dirigió hacia el lugar donde estaba la niña. La cogió en brazos, se sentó al lado de Javier y la sentó en sus piernas mientras la decía:

—Claro que sí, cariño. Tú no te preocupes que nosotros te llevaremos donde vayamos.

Y la dio un beso en la mejilla.

Marta la devolvió el beso y girándose sobre las piernas de Sofía le preguntó a Javier:

—¿De verdad, Javi? ¿Me vais a llevar con vosotros?

—Claro que sí, ¿acaso te hemos mentido alguna vez? —la contestó el chico.

La niña entonces le dio las gracias y tras darle un nuevo abrazo le dio un besito que le fue correspondido por Javier.

—Madre mía. Me la estáis malcriando entre los dos —dijo Antonio con un tono que dejaba claro su rendimiento ante una batalla que sabía que tenía perdida desde hacía mucho tiempo.

Marta, entonces, se sentó entre Sofía y Javier y se puso a observar a las personas que aún navegaban en las barcas del estanque. Para ella no había sucedido nada en los últimos momentos. Sabía que sus otros hermanos la llevarían con ellos cuando salieran por las tardes, tenía la palabra de ambos. Eso le era suficiente, porque creía en las dos personas que tenía a su lado. Los quería demasiado como para no creerlos. Ahora se sentía protegida entre ellos; se sentía más mayor y la gustaba esa sensación.

—Bueno pues parece que entonces la única que va a salir fuera voy a ser yo —dijo Mónica con cierta inseguridad.

—Vaya, pues que bien que por lo menos alguien pueda contarnos que se va a algún sitio. ¿Y dónde vas a pasar el verano? ¿En Toledo como tus hermanos? —quiso saber Sofía.

—Quita, quita, bonita —saltó rápidamente Óscar—. Ya tenemos suficiente con tener que aguantarla todo el año. Para una oportunidad que tenemos de poder quitárnosla de en medio no nos la animes, que lo mismo acabamos estudiando todos en Toledo... ja, ja, ja.

—Qué gracioso que eres, niño —se dirigió de mala gana Mónica a su hermano. Luego sin hacerle mayor caso a su hermano, contestó a lo que su amiga le había preguntado—: Yo me iré la semana que viene a Sanabria con mis padres, porque hace mucho que no vamos a visitar a mis abuelos. Pasaré unos días allí, pero no os preocupéis que en diez o quince días volveré a Madrid y me apuntaré a esas quedadas que habéis planeado.

Óscar guardó silencio ante la recriminación de su hermana. Quizá hubiera metido la pata con ese comentario. Él quería a Mónica y su comentario no había sido con mala intención, aunque últimamente se había dado cuenta de que ciertos comentarios que le hacía a su hermana no eran recibidos por ella de la misma manera que siempre. ¿Qué estaría cambiando en Mónica? La idea de separarse de ella tampoco le hacía mucha gracia. Aunque lo intentara disimular delante de todos, sabía que la echaría mucho de menos en Toledo. No en vano, Mónica y él eran gemelos y siempre habían tenido una conexión especial entre ambos. Una conexión que esperaba no perder en la distancia. Cada vez que pensaba en ello se ponía triste. Alguna vez Guillermo le había intentado consolar diciéndole que volverían a Madrid por navidades y por vacaciones de verano, pero Óscar pensaba que eso no sería suficiente. Sentía que iba a perder algo que tenía y que hasta ahora no había valorado como se merecía. Algo que era algo más importante de lo que nunca estaría dispuesto a admitir.

—¿Sanabria... y dónde está eso? —preguntó Antonio pensativo.

Una vez más, y en poco espacio de tiempo, tuvo que aguantar las risas de sus amigos. Él siempre había sido de las personas que pensaban que cuando uno no sabía algo, lo mejor que podía hacer era preguntar; así que como no sabía dónde se ubicaba el lugar de vacaciones de Mónica pues preguntaba... así era Antonio.

—Pero qué inteligente que es mi niño —dijo Sofía con cierto tono pícaro—. Como se nota que la geografía no es lo tuyo, ¿eh? Sanabria, bonito, está en Zamora.

—Bueno, bueno que sólo era una pregunta —intentó defenderse el chico.

—Es un lugar precioso...

Empezó a decir Mónica, pero no pudo terminar porque de repente Óscar pegó un salto desde el lugar que ocupaba en la grada y bajó tres escalones de una sola vez. Tras ese movimiento se colocó de frente a sus amigos, que le miraron sorprendidos y ni corto ni perezoso se puso a gesticular ostentosamente, cual payaso, mientras decía con mucha guasa:

—Señoras y señores, atiéndanme por favor. A partir de estos instantes escucharán ustedes una historia en la que mi adorable hermana les contará las maravillas de la tierra de Sanabria. De su boca podrán conocer la tranquilidad que se respira entre aquellas montañas, la calma que se siente junto al aire puro del lugar y, como no, conocerán una de las joyas de Sanabria: su lago. En definitiva, quedarán enamorados de esa bendita tierra.

La cara de Mónica era un poema tras escuchar las palabras de su hermano, que saludaba a sus amigos inclinándose varias veces mientras éstos se reían y le seguían aplaudiendo tras su genial actuación.

—Tiene usted la palabra, señorita —dijo mientras subía los escalones de la grada y recuperaba su anterior sitio.

Pero Mónica seguía molesta por la burla de Óscar. Sabía que lo hacía para hacerla de rabiar, pero no entendía como el hecho de que a ella le gustara aquella tierra tenía que ser motivo de burla para su hermano. Era cierto que tenía pasión por aquel lugar, que para ella siempre sería especial. Las raíces de Sanabria la convocaban de vez en cuando y ella siempre estaba dispuesta a escuchar su llamada.

—¿Y en el lago hay peces? —preguntó de repente Marta.

Ninguno se había dado cuenta de que la única que había escuchado con atención a Óscar era la pequeña del grupo. En su ingenuidad había preguntado algo que para ella era una curiosidad normal. Todos dejaron de reírse a carcajada limpia y callaron ante la consulta de Marta y fue otra vez Óscar el que la sacó de dudas.

—¿Que si hay peces? —dijo el chico.

Y sin más volvió a bajar los escalones, esta vez más lentamente y con una ceremonia demasiado estudiada, hasta ponerse en el mismo escalón que ocupaba la niña. Después, también con mucha parsimonia, se puso de rodillas para colocarse a la misma altura de la pequeña y la miró a los ojos. El resto del grupo aguardaba expectante lo que Óscar podía sacarse de la manga. Marta lo miraba fijamente a los ojos con ansia de saber.

—Pues claro que hay peces... —prosiguió Óscar dando a cada palabra que pronunciaba un toque de misterio—. Pero no sólo peces, también hay ranas, sapos... y algunos dicen hacer visto hasta tiburones...

—¿De verdad? —preguntó la niña con los ojos abiertos como platos.

—Pues claro, y cocodrilos... en Sanabria tenemos de todo, ¿verdad, hermanita?

Y todos volvieron a reírse... Todos excepto Marta, Mónica y Sofía. A las dos últimas no les hizo ninguna gracia la broma que Óscar había gastado a la cría.

—No le hagas caso, cariño —dijo Sofía atrayendo hacia sí a Marta y abrazándola dulcemente—. Que este chico es un exagerado y no quiere más que engañarte.

Entonces el semblante de la niña cambió y de la ilusión que le habían provocado las palabras de Óscar, pasó a la decepción por las de Sofía. Frunció el ceño y en un amago de llanto preguntó:

—¿Era mentira? ¿No hay tiburones ni cocodrilos en Sanabria?

En ese momento Óscar entendió que su broma podía haber ido demasiado lejos. Había engañado a una niña y romperle a ilusión a una cría era darle un golpe muy duro a un ser tan inocente. El chico reaccionó lo más rápido que pudo y tomó a Marta en brazos mientras la daba un beso en la frente y la decía:

—Bueno, quizá me haya pasado un poco... La verdad es que no hay ni tiburones ni cocodrilos, yo por lo menos no los he visto nunca; pero peces, ranas y sapos sí que hay.

La excusa no pareció convencer a Marta, que bajó la cabeza decepcionada por lo que acababa de escuchar. Los pucheros no tardaron en aparecer y Óscar buscó con la mirada a sus amigos para que le ayudaran a deshacer el entuerto en el que se acababa de meter. Todos parecían indiferentes y expectantes por ver cómo iba a salir de aquel entuerto en que se había metido él solito; todos menos Mónica, que parecía disfrutar cada segundo que pasaba viendo a su hermano sufrir de esa manera tan ridícula.

—Oye, mira, vamos a hacer una cosa. Vale que te he contado una mentirijilla, pero si quieres ver tiburones y cocodrilos yo te prometo que cuando volvamos de las vacaciones iremos al zoo, ¿vale?

La desconfianza de Marta desapareció de un plumazo.

—Vale, iremos todos, ¿queréis? —dijo la niña desde lo alto de los brazos de Óscar mirando a los demás.

—Vale —contestaron todos al unísono.

La niña se revolvió hasta que Óscar la depositó otra vez en el suelo y se fue con Sofía que la sentó otra vez en sus piernas.

—Si queréis el año que viene podríamos ir todos unos días a pasarlos allí todos juntos, seguro que os encantará. Además en la casa de mis abuelos podremos quedarnos todos sin ningún problema, ¿qué os parece la idea? —dijo Mónica con tono ilusionado.

—Pues a mí me parece una gran idea —comentó Sofía—. Así podríamos ver si todo lo que nos habéis contado es verdad.

Todos estuvieron deacuerdo en que al año siguiente las vacaciones ya estaban planeadas, se prometieron que salvo desgracia irreversible todos pasarían el siguiente verano en Sanabria.

—Entonces arreglado, el año que viene nos vamos todos a Sanabria —dijo Óscar mientras abrazaba a su hermana y la daba un beso—. Estarás contenta, ¿no, hermanita?

Mónica le devolvió el abrazo y el beso. En el fondo sabía que la quería y que todo era una broma para hacerla de rabiar. El sentido del humor de Óscar era algo que Mónica siempre había envidiado de forma sana. La encantaba ver que su hermano siempre estaba de buen humor y que siempre había una sonrisa en su cara y otra para repartir entre los que le rodeaban. «*Era un gran hermano*», pensó la chica.

—Bueno, chicos, pues yo creo que ya va siendo hora de que la enana y yo nos vayamos, que se nos está haciendo un poco tarde —dijo Antonio.

—No, anda, vamos a quedarnos un poco más —replicó Marta con tristeza.

Pero la cara de Antonio lo decía todo muy claro. Él era el responsable de su hermana y tenía que llevarla a casa para que cenara. No quería ni imaginarse la bronca que podía recibir si llegaba más tarde de lo habitual. Para eso, sus padres sí que eran muy estrictos y la pequeña de la casa era la protegida de ambos.

Marta, sabiendo que aquella batalla la tenía totalmente perdida, agachó la cabeza y empezó a llorar. Ella se sentía mucho más mayor cuando estaba con los amigos de su hermano y volver a su casa significaba volver a ser la pequeña para todo. Ella ya era mayor y quería que la trataran como la trataban los chicos.

Entonces Sofía se levantó de la grada y cogió en brazos a la niña, que intentaba contener las lágrimas a duras penas sin conseguirlo.

—Venga cariño, no llores. Si dentro de nada nos volvemos a ver y ya sabes que te hemos prometido que te vamos a llevar con nosotros. Anda, sé buena y haz caso a tu hermano.

Seguidamente la dio un besito, mientras la niña la abrazaba muy fuerte sin ningunas ganas de soltarse. Cuando ya se calmó fue Javier el que la recibió en sus brazos y tras darle un par de besos en las mejillas la dijo:

—No llores más, peque, que te pones muy fea cuando lloras y tú eres una niña muy guapa. A ver esa sonrisa. Venga sonríe un poquito para que yo pueda ver el sol. Anda, hazlo por mí... por favor.

Marta, al oír las palabras de su otro hermano, sonrió de manera nerviosa sorbiéndose las lágrimas para intentar contentar la petición de Javier.

—Si ya os digo yo que me la estáis malcriando —sentenció Antonio—. Venga, ves dando besos a todos que nos vamos.

Poco a poco todos se fueron despidiendo los unos de los otros hasta que volvieran a verse. Los deseos de suerte surcaron la atmósfera y todos se citaron en el mismo sitio para cuando pudieran estar juntos otra vez. A partir de ese momento se abría un futuro incierto para todos. Ninguno sabía lo que les depararía la vida a partir de esos momentos, pero todos tenían las mismas ganas de vivirla. Eran jóvenes y el mundo estaba por descubrir para todos ellos.

Javier acompañó a Sofía, como tantas otras veces, hasta su casa porque le venía de camino a la suya. Además, aunque no lo admitiera por su naturaleza tímida, le gustaba estar en compañía de su amiga. Esos momentos en los que paseaban juntos, solos ella y él, le llenaban de ilusión y felicidad. Sofía era la compañera perfecta para contemplar Madrid, o cualquier otro sitio del universo... Javier se sentía muy afortunado porque la vida le hubiera permitido conocer a Sofía y no quería perderla por nada del mundo.

Aunque desde hacía un tiempo sentía una sensación extraña; una mala sensación... Algo en su interior le recomendaba que disfrutara de los momentos que pasaba con Sofía... Algo en su interior le decía que esos momentos iban a durar poco tiempo. Últimamente no dormía tanto como antes y cada vez que estaba junto a ella la tristeza no le dejaba disfrutar de su compañía como tiempo atrás. No tenía ni idea de lo que sus

sensaciones le querían decir, pero tenía claro que lucharía el tiempo que fuera necesario porque nada malo le pasara a la amistad entre ambos.

Mientras paseaban camino a la casa de Sofía, los chicos se cruzaron con varias parejas que también aprovechaban los últimos minutos de luz para salir a las calles de Madrid y poder disfrutar de una ciudad en continuo crecimiento. El verano transformaba a las personas de tal manera que parecía que todo el mundo dedicaba su tiempo de ocio para divertirse de las maneras más variadas.

Casi de repente, y sin que los chicos se dieran cuenta, una niña apareció de la nada y fue a tropezar con Sofía. No debía tener más de cuatro años y sus ojos parecían declarar que no sabía dónde se encontraba en ese momento. Ambas se dieron un pequeño susto porque ninguna de las dos se esperaba esa situación. Sofía, entonces, reaccionando antes que la pequeña y que Javier, cogió en brazos a la niña y la dijo:

—¿Te has hecho daño, cariño?

La niña no contestó a la pregunta y sin mediar ninguna palabra se echó a llorar. Sofía la abrazó y la dio un beso intentando consolarla.

—No llores, corazón. ¿Te has perdido? ¿Dónde están tus padres?

Pero la chiquilla no parecía querer escapar de su tristeza. Se revolvía en los brazos de Sofía buscando algo; o a alguien... No hacía caso de las palabras de su salvadora. Mientras tanto Javier también buscaba entre la gente a alguien que diera indicios de estar buscando a una niña, pero todos parecían estar a lo suyo...

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó inquieto Javier—. Debe de haberse perdido.

Sofía le hizo un gesto para que Javier no siguiera hablando delante de la niña de ese tema. Temía que la pequeña siguiera llorando y no soltara ninguna palabra. La abrazó tiernamente y la intentó calmar. Recordaba que eso era lo que hacía su madre cuando ella era más pequeña y sentía miedo por algo... y recordó que a ella siempre le había funcionado. Se sintió un poco triste al rememorar aquellos momentos que ya nunca podría volver a vivir...

—Venga, pequeña, no llores. Que no pasa nada. Yo me llamo Sofía y soy tu amiga. ¿Cómo te llamas tú?

—Silvia... me llamo Silvia —dijo la niña entre lloros ahogados—. ¿Dónde están mis papás? Yo quiero irme con mis papás.

Y en esos momentos un hombre apareció por la esquina en la que estaban los tres a la carrera. Parecía fatigado y se notaba que había llegado hasta el lugar corriendo. Al ver a la niña, que Sofía todavía sujetaba en sus brazos, paró en seco y estuvo a punto de llevarse por delante a Javier que en ese momento se volvía hacia el recién llegado. Entonces Silvia se volvió hacia el lugar donde se encontraba el recién llegado y su cara se iluminó con una dulce sonrisa.

—Papá... papá.

Seguidamente la niña se deshizo del abrazo de Sofía y corrió hacia el hombre que la estaba esperando con un gesto de sorpresa y de alivio contenido. Su cara expresaba la angustia que debía haber pasado mientras la buscaba. Javier pensó que debía ser terrible perder en un segundo a un hijo y creyó que la desesperación que debería haber pasado ese hombre en los momentos en los que su búsqueda no daba los frutos necesarios eran impagables. Nada podría devolverle a ese padre los momentos que había sufrido... o quizá sí: este instante que estaba viviendo al reencontrarse con ella podría ser suficiente para contrarrestar todo lo que habría sufrido.

—Cielo... ¿dónde estabas?... Te he estado buscando por todas partes —dijo el hombre mientras abrazaba a la niña y la cubría de besos.

Levantó a la niña en brazos y se quedó mirando fijamente a los dos chicos. Suavizó su expresión y con voz entrecortada dijo:

—Gracias, muchas gracias, chicos. Llevo un buen rato buscándola y ya no sabía dónde podía estar. Se me soltó de la mano un momento y desapareció sin más.

—No se preocupe señor, no tiene que agradecernos nada. Nos alegramos de que haya encontrado a su hija y de que esté bien —dijo Javier.

Sin más el hombre se despidió de los chicos y se alejó entre las calles con la pequeña en brazos. Antes de que Sofía y Javier los perdieran de vista, pudieron observar como el hombre se paraba y la niña que hacia unos segundos estaba con ellos les gritaba:

—Adiós, adiós... Sofía...

Los dos chicos la saludaron con la mano y siguieron su camino hacia la casa de la sevillana.

Ambos se mantuvieron callados durante unos minutos, cada uno pensando en lo que les había sucedido momentos antes. La oscuridad ya empezaba a reinar por las calles de Madrid y los dos comprendieron que debían aligerar el paso si querían llegar a tiempo para no perderse la última luz natural. A Javier le encantaba estar a solas con Sofía, pero no le gustaba estar en la calle por las noches. No eran seguras y aunque tenía claro que defendería a su amiga de cualquier cosa que pudiera pasarle, él se sentía más cómodo con la luz del sol a sus espaldas. Nunca le había gustado la noche. Era una fase del día que siempre le había parecido bastante oscura. Él prefería las mañanas y las tardes. Las noches le sobraban, salvo para dormir, aunque últimamente tampoco podía aprovecharlas para descansar... Y la extraña sensación volvió al corazón de Javier... algo se avecinaba y seguro que no sería bueno...

—Qué graciosos son los niños de pequeños, ¿verdad? —dijo de repente Sofía sacando a Javier de sus pensamientos.

—Eh, ¿qué?... Sí, claro.

La andaluza entonces se paró de frente a Javier y le miró con esa cara pícara que al chico le desarmaba. Ella lo sabía porque él se lo había dicho y la utilizaba inteligentemente cuando le era necesario para conseguir alguna cosa. Javier la miró sorprendido porque no sabía lo que Sofía pretendía y puso una cara de asombro tan absurda que la chica no pudo por menos que reírse a grandes carcajadas. Una risa que a Javier, pese a ser el objeto de ella, le pareció de lo más bonita que había visto en su vida. Le encantaba verla reír, porque la risa de Sofía era sincera y la cara de su amiga con una sonrisa dibujada en ella, era digna de un cuadro del mejor maestro pintor de todos los tiempos.

—Pero bueno, ¿en qué mundo estabas? ¿Ése es el caso que me haces cuando te hablo? —dijo la chica sin poder contener la risa.

Javier no pudo ocultar su vergüenza y agachó la cabeza para ocultar el sonrojo que le habían producido las palabras de su amiga. Se sentía culpable por no haber atendido a lo que le estaba diciendo y no sabía que decir.

—Lo... lo siento —es lo único que pudo articular en su defensa.

Estas palabras no hicieron sino aumentar la intensidad de la sonrisa de Sofía que veía como la timidez tomaba todo su significado en la figura de su amigo. Entonces, decidida como siempre lo había sido, abrazó a Javier y le dio un beso en la frente. Después con sus caras a escasos centímetros el uno del otro le dijo:

—Pero mira que eres tonto. Estaba hablando en broma, hombre. Parece mentira que todavía no me conozcas. Venga, vamos, que ya estamos llegando a mi casa, pero a ti todavía te queda una caminata hasta la tuya y no quiero que vayas solo por las calles de noche.

Y seguidamente le pasó una mano por el hombro y juntos recorrieron los últimos metros hasta la casa de Sofía. Cuando llegaron al portal de la calle Felipe IV, donde vivía la niña, vieron que en el piso debía de estar su padre, porque por la ventana del salón se veía una luz. Esto tranquilizó a Javier, al que tampoco le hacía gracia que Sofía se quedara sola en su domicilio. Rafael Olmedo, por su trabajo, había muchos días que volvía a casa muy tarde y Sofía le había confesado alguna vez que en las tardes en las que se encontraba sola en el piso había pasado miedo más de una vez. A Javier se le había ocurrido la idea de acompañar a su amiga las tardes en las que su padre no regresara pronto a casa. Y casi tan rápido como se le ocurrió la idea la desechó, ya que pensó que ni el señor Olmedo ni sus padres verían con buenos ojos su propuesta. Estaba casi seguro de que ha Sofía le hubiera gustado su idea, pero nunca se lo dijo para evitarla pasar un mal momento.

Sofía sacó las llaves del portal de su bolso y se dispuso a abrir la puerta. No la costó nada hacerlo y después de sacar la llave de la cerradura y sujetar la puerta con la pierna dijo:

—Bueno, pues aquí acaba otro gran día en compañía de mi caballero... Muchas gracias, Javier, por otra tarde tan maravillosa.

Al escuchar estas palabras, el chico se sintió muy grande y muy pequeño a la vez. Le gustaba mucho oír esas palabras en boca de su amiga. Le parecía increíble que alguien le pudiera decir esas cosas. No creía ser merecedor de tales elogios, pero tampoco tenía ganas de perder esa melodía que sólo él escuchaba cuando Sofía le hablaba de esa manera.

—Gracias a ti, princesa... No sé porqué el tiempo que paso contigo me parece insuficiente. Creo que avanza demasiado rápido; que se burla de nosotros. El placer siempre será mío, porque este caballero no sería nada sin su princesa.

Ambos se echaron a reír y los dos se miraron a los ojos durante unos segundos que a los dos le parecieron eternos y, a la vez, escasos. Durante ese tiempo el mundo se paró para ellos, aunque siguió girando para el resto. Nada importaba en esos momentos para ninguno. Sólo deseaban mirarse a los ojos y al fondo de cada uno.

Sin saber realmente cuanto tiempo habían pasado así, Javier salió de su trance y bajando la cabeza, casi en un suspiro, dijo:

—¿Puedo preguntarte una cosa sin que te enfades?

—Pues claro que sí. ¿Acaso crees que te voy a comer? Que tenemos confianza... dispara.

Javier sabía que tenía la confianza suficiente para poder preguntarle cualquier cosa, pero no se atrevía a hacerle la pregunta que le rondaba por la cabeza. No creía que Sofía se enfadara por ello, aunque siempre se podía negar a contestarle. Hasta ese momento nunca había sucedido y le constaba que él era el guardián de muchos de los secretos que Sofía tenía y que no había contado a nadie más. Claro que ella también conocía todos sus secretos... bueno, todos no. Sofía conocía todos sus secretos menos uno...

—Bueno, ¿qué?... ¿me lo dices o espero a que amanezca? —dijo Sofía en tono guasón—. A ver si esto te hace arrancar.

Y sin mediar más palabras se le acercó y le volvió a dar otro beso en la frente mientras con expresión pícara le decía:

—Me parece a mí que tú sabes demasiado. Así, a lo tonto, te llevas un montón de besos de mi parte y tú encantado de la vida, claro. Aunque si quieres que te diga la verdad no me importa, porque si alguien se merece que le estén besando todo el tiempo eres tú.

Las palabras de Sofía hicieron efecto en Javier. Tras devolverla el beso en la frente, suspiró hondo y dijo:

—El caso es que me estaba preguntando si alguna vez has tenido novio.

Sofía se quedó sorprendida ante lo que acababa de escuchar. No se esperaba que eso fuera lo que Javier la tenía que decir. Desde que se conocían habían hablado de muchas cosas, pero nunca en sus conversaciones había salido ese tema. Y era curioso que saliera en ese momento. Un momento en el que ella empezaba a tener sensaciones desconocidas cuando estaba junto Javier. De todas formas él era su mejor amigo, así que no había razón para no contestarle o para contestarle con una mentira. Su caballero se merecía la verdad. Suspiró hondo y mirando al cielo cada vez más oscuro dijo:

—Pues no, la verdad es que no. Nunca me ha preocupado tener novio y como nunca me lo han propuesto pues aquí sigo, más sola que la una. Supongo que ya llegará cuando tenga que venir. Recuerdo que mi madre siempre decía que lo que estuviera para mí nadie se lo iba a llevar, así que Dios ya se encargará de hacerme llegar el amor si lo cree oportuno. En cualquier caso ahora no me preocupa porque lo que tengo ahora me llena y me es suficiente...

—¿Lo que tienes ahora? —preguntó sorprendido Javier.

Y esta vez sin querer ocultar la mirada que a Javier le volvía loco, Sofía contestó muy segura:

—Claro. Ahora mismo tengo un caballero que se preocupa por mí, que me protege, me cuida y me divierte. Qué más puedo pedir... por cierto, que para que no tengas ninguna duda al respecto ese caballero eres tú... que seguro que si no te lo digo me lo vas a terminar preguntando.

Javier entonces reconoció esas palabras como las que había estado soñando escuchar desde hacía mucho tiempo. No sabía si estaba soñando o estaba despierto, pero lo que tenía muy claro es que no quería que el tiempo le obligara a marcharse de ese lugar que empezaba a tener también un significado especial para él.

—Gracias princesa. Pero es que no me explico como una chica como tú no tiene novio. No puede ser que nadie se haya dado cuenta de lo especial que eres. Eres como un sueño y no me puedo creer que a estas alturas de la vida sigas estando sola y perdiendo el tiempo conmigo.

—¿Perdiendo el tiempo?... mira no digas tonterías, ¿vale? ¿Acaso crees que si estuviera perdiendo el tiempo contigo haría las cosas que hago? Tú te mereces eso y mucho más, así que no te hagas la victima —dijo Sofía—. Me parece que mi caballero me ha salido un poquito cotillo, pero no te preocupes que si alguna vez me echo novio serás el primero en saberlo... Por cierto si todavía no lo tengo es por una razón que ahora no puedo decirte. Quizá más adelante te enteres, pero vamos no sufras porque para mí nuestra relación es más importante que si tuviera un novio.

Javier se sintió muy extraño ante esas palabras tan inesperadas. Nunca pensó que escucharía algo parecido salir de la boca de su amiga dirigido a él. Su fortuna no conocía límites, era único lo que estaba viviendo en esos momentos.

Aunque se sentía muy confundido. Empezaba a tener claro lo que sentía por aquella chica de melena morena y ojos color miel que le había cautivado desde el primer día que la conoció. Pero le daba miedo confesárselo porque temía que no se lo tomara bien y que algún día desapareciera de su vida por el simple hecho de cometer el error de abrirle su corazón.

Para Javier también era suficiente la relación que mantenía con Sofía; para él también era mucho más importante que si tuviera novia... pero no le podía negar a su corazón que sería aún más feliz si pudiera hablarle a su amiga con total libertad sobre lo que sentía por ella. Otra cosa sería lo que ella sintiera por él, pero estaba dispuesto a correr el riesgo de ser rechazado por la chica más preciosa que había conocido nunca.

La noche era ya un hecho cuando los dos chicos se despidieron en la puerta del número tres de la calle Felipe IV.

—Bueno, pues lo dicho, que muchas gracias por todo, Javier.

El chico entonces sintió un escalofrío extraño en todo su cuerpo, una mala sensación a la que no supo dar una explicación. De repente, un sentimiento de gran tristeza le invadió y bajando la mirada al suelo de la calle dijo:

—De nada Sofía, ya sabes que siempre es un honor para este caballero hacerte compañía —posiblemente una lágrima cayó mientras proseguía diciendo—. ¿Cuándo nos volveremos a ver, princesa?

Sofía entendió perfectamente el momento que estaba pasando su amigo. Ella tampoco tenía muy claro lo que iba a pasar a partir de esos momentos con su vida. Sabía que las promesas son fáciles de hacer, pero algunas son muy difíciles de cumplir. Y si algo tenía claro era que a Javier no quería hacerle ninguna promesa que más tarde no pudiera cumplir. A ella también le invadió la tristeza que aflora cuando uno se para a pensar en el futuro incierto que le espera. Pero rápidamente borró la preocupación de su rostro y abrazó a su caballero de la manera más tierna que sabía hacer.

—No te preocupes, Javier. En cuanto tenga un momento iré a verte a la panadería y quedamos, ¿vale?

El chico correspondió al gesto de su amiga dejándose llevar por el momento que estaba viviendo. También la abrazó como si fuera la última vez que lo hacía y con sumo cuidado cogiendo la cara de Sofía entre sus manos, la besó con extrema dulzura y la dijo:

—No me olvides nunca, princesa, te lo suplico...

Ella se perdió en los ojos vidriosos de su amigo y con un nudo en la garganta que casi no la permitía respirar le contestó entre lágrimas:

—Ni tú tampoco te olvides de que esta princesa nunca deseará la compañía de otro caballero que no seas tú...

—Gracias —agradeció Javier las palabras de Sofía desde el fondo de su corazón.

Tras darse un nuevo abrazo y dos besos más, los chicos se despidieron definitivamente. Javier esperó, como hacía siempre, a que Sofía subiera hasta su casa. Él aguantaba en el portal hasta que la niña salía a su balcón y le mandaba un beso indicándole así que ya había llegado a su domicilio. Pero esta vez algo cambió en aquel ritual que ambos tenían acordado. Esa noche junto a Sofía el señor Olmedo también salió al balcón de su casa. Javier se sorprendió por un momento al comprobar que el padre de Sofía también salía a su encuentro. Él ya lo conocía de algún encuentro que habían tenido en la panadería, pero nunca había salido a despedirle al balcón.

—Muchas gracias, hijo, por acompañar a Sofía. Ten cuidado que ya es un poco tarde —gritó Rafael Olmedo mientras saludaba a Javier desde las alturas y se metía otra vez en el piso.

Y en ese momento, como tantas otras tardes, la princesa y su caballero se dieron las buenas noches y se desearon lo mejor.

Sofía se introdujo en su casa y ayudó a su padre a preparar la cena, mientras en su mente le daba vueltas al sentimiento que estaba ocupando cada vez más espacio en su mente... y en su corazón. Estaba segura de lo que sentía en ese momento, pero le daba miedo enfrentarse a ello. Quizá fuera suficiente con lo que tenía, o quizá no... Mientras cenaba escuchó, sin prestar prácticamente atención, a su padre. Rafael Olmedo le comentó que estaba intentado cerrar un contrato con una editorial italiana para traer a España los últimos éxitos de un escritor de ese país. Al parecer si las negociaciones llegaban a buen puerto, tendría que viajar a Italia para cerrar la exclusiva con los editores

italianos. Si esto sucedía Sofía tendría que acompañarle en el viaje porque no sabía cuanto tiempo se podría demorar el cierre del contrato.

—¿Qué te parece, cariño? ¿Te gustaría conocer Roma? —preguntó el señor Olmedo con curiosidad.

Sofía le observaba, pero su padre se dio cuenta de que tenía la mirada perdida en algún sitio muy lejano al salón donde estaban cenando. Intentó escrutar los ojos color miel de su hija, pero no pudo saber lo que la estaba distrayendo de tal manera a la niña.

—¿Te pasa algo, Sofía? ¿Tienes algún problema?

Ante las preguntas inquisitivas de Rafael Olmedo la niña volvió de sus pensamientos al mundo terrenal y se sintió un poco estúpida, pues se dio cuenta de que había estado sin escuchar nada de lo que su padre le había estado contando durante la cena. Agachó la cabeza al notar que su rostro se encarnaba y sólo pudo susurrar:

—No me pasa nada, papá. Lo siento, es que estaba pensando en otra cosa y no te he escuchado. Perdóname...

—No pasa nada mi niña. Comprendo que mis historias te aburran... Tu padre ya está viejo y se cree que tú también tienes que seguirle en todas sus locuras.

Entonces Sofía se levantó de la silla donde estaba sentada y se dirigió a hacia el sitio donde estaba su padre. Le abrazó por detrás y le dio un beso en la mejilla izquierda mientras le decía:

—No digas tonterías, papá. No me aburren tus historias. Me encanta que estés tan comprometido con tu trabajo. Ya sabes que me encantan los libros y que estaré contigo y te apoyaré siempre en todo lo que hagas.

Rafael Olmedo rodeó con sus brazos los de Sofía y la dio un beso en cada mano. Suspiró hondo mientras contenía las lágrimas y, a duras penas, logró decir:

—Gracias, cariño. Espero no decepcionarte nunca...

Acto seguido se levantó de su silla y la dio dos besos en las mejillas. Durante unos segundos miró a su hija a los ojos y recordó momentos de la infancia de aquella niña que era todo lo que ahora tenía... era el tesoro más grande de su vida... era su hija... era lo que más quería en este mundo...

—Bueno cielo me voy a trabajar un poco al estudio, que tengo algunos asuntos atrasados. Tú no tardes mucho en acostarte que tienes que descansar. Por cierto, que mañana si puedes pásate por la editorial para que te vaya enseñando en lo que quiero que me ayudes. Pero no te preocupes por la hora, no hace falta que madrugues mucho porque tu padre es el jefe y no te va a echar la bronca —dijo Rafael Olmedo con una media sonrisa en la boca.

Y sin más, se perdió en el pasillo camino de su estudio.

Sofía siguió a su padre con la mirada hasta que éste cerró la puerta tras de sí y, aunque no pudo asegurar lo que le había parecido oír, creyó escuchar a su padre decir:

—Cómo echo de menos a tu madre...

Esta supuesta imaginación hizo que los recuerdos de Sofía se encaminaran en una sola dirección: su madre. Y en ese momento una sensación agridulce la invadió: por un lado recordó los buenos ratos que había pasado junto a Elisa; y por otro sintió una punzada en su corazón al darse cuenta de que ya nunca podría volver a revivirlos...

Esa noche no durmió nada bien por muchas razones...

* * * * *

Por su parte, Javier tardó más de lo habitual en llegar a su casa debido a que su mente intentaba buscar un equilibrio que ahora le parecía imposible conseguir. Interiormente se reprochaba el ser tan tímido y se maldecía no ser más lanzado a la hora de

confesarle a Sofía todo lo que le estaba ocurriendo. Sabía que si lo dejaba pasar más tiempo nunca encontraría el momento adecuado para abrir su corazón a su amiga, pero también sabía que iba a necesitar algo de ayuda externa para poder culminar su sueño...

Mientras recorría el último trecho que le separaba de su casa Javier descubrió una de las verdades universales: que el querer a una persona era una de las pocas cosas inevitables en esta vida. Y cuando una persona descubría el amor, estaba a su merced para siempre...

Además eso fue algo que desde aquel momento recordaría siempre...

2

Durante varios días Javier estuvo muy ocupado ayudando a sus padres en la panadería. Casi no tenía tiempo libre para emplearlo en sus cosas porque cuando no estaba repartiendo los pedidos, estaba aprendiendo el oficio en la tienda.

Su padre hacía tiempo que estaba pensando en enseñarle los entresijos del negocio familiar. Su bisabuelo había sido panadero, su abuelo también, él lo era y Javier debería seguir con la tradición familiar. Joaquín Torres pensaba que el futuro de su hijo estaba entre esas cuatro paredes con eterno olor a pan recién horneado; pero ni Isabel ni Javier pensaban lo mismo.

El chico todavía recordaba una noche en la que desde su habitación había escuchado a sus padres discutir. La acalorada conversación le había llegado a retazos, pero lo suficientemente nítida como para saber que su padre quería que dejara los estudios para dedicarse al oficio de panadero. Su madre, por su parte, lo defendía con todos los argumentos posibles y le repetía una y otra vez que su hijo merecía un futuro mejor que el de ser un simple panadero. Javier terminó por dormirse antes de que la discusión entre sus padres acabara, pero desde ese momento tuvo claro que su vida de estudiante tenía los días contados. Además Joaquín se había planteado hacer una reforma en el local, que les permitiría poder vender mayor variedad de productos. Eso, sin duda, implicaría que se necesitaría a alguien más para atender a la clientela y Javier sabía que él era el candidato número uno a ocupar ese puesto de responsabilidad. No tenía salvación, sería panadero como lo era su padre, como lo había sido su abuelo y como lo fueron su bisabuelo y su tatarabuelo... Al menos no tendría que preocuparse en saber qué quería ser de mayor, como el resto de sus amigos; ese problema ya lo tenía resuelto de antemano gracias a que su progenitor ya lo había decidido por él.

Aquella mañana hacía un calor insoportable para la hora tan temprana que era. El verano seguía castigando a los madrileños y no parecía tener piedad ninguna. Para colmo ese día Javier había estado más ocupado de lo habitual porque los clientes de la panadería parecían haberse puesto de acuerdo para solicitar que les llevaran los pedidos a casa. Por un momento Javier odió con todas sus fuerzas el teléfono que no había parado de sonar para hacer peticiones. Pero por otro lado se alegraba porque eso significaba que el negocio iba bien para sus padres y él no deseaba lo contrario.

A eso de las dos del medio día se encaminó hacia el número siete de la calle Mallorca. Esperaba que ya no hubiera ningún pedido pendiente de entregar, o que si lo había se pudiera retrasar hasta después de comer, porque él estaba molido de recorrerse Madrid durante toda la mañana cargado con bolsas y más bolsas. Deseaba, más que otra cosa en ese momento, poder comer a gusto y descansar al menos una hora antes de reanudar su tarea. El estómago ya le estaba indicando que tenía necesidad de ingerir algo sólido y el olor del horno de su panadería no le iba a ayudar en nada a olvidar el tremendo hambre que tenía.

Casi con temor a tener otro encargo preparado Javier entró en la panadería con mucho cuidado. En un primer vistazo le tranquilizó que sólo hubiera una persona en la tienda. Quizá tuviera suerte y ya no tendría que volver a patearse las calles por lo menos hasta el día siguiente, pensó.

—Buenas, ya he vuelto —dijo con mucha cautela.

Entonces reparó en la persona que estaba hablando con su madre al fondo de la tienda. Y de pronto todo su cansancio, toda su hambre y todo su miedo se desvanecieron en cuestión de décimas de segundo. Por el contrario una sonrisa nerviosa se le dibujó en la cara y creyó que le sería imposible borrarla de su rostro. Durante los días anteriores había pensado mucho en ella, pero al estar tan ocupado no había podido encontrar un momento para verla. Pero ella, una vez más, había cumplido su promesa y había acudido a verle. Realmente se sentía feliz, muy feliz de que estuviera allí y no podía, ni quería, ocultarlo.

—Hola, cariño. Mira quien ha venido a verte —dijo Isabel desde el otro lado del mostrador—. Anda que ya podías haberte dado prisa porque la pobre chica lleva ya un rato esperándote. Si es que te entretienes con cualquier tontería...

Sofía entonces se echó a reír al ver a Javier como se ponía colorado por las palabras de su madre. Intuyó que no debía estar pasándolo muy bien, así que se volvió hacia el chico, avanzó unos pasos y guiñándole un ojo le dijo:

—No te preocupes que tampoco llevo tanto aquí. He venido para comprar el pan y como me han dicho que no ibas a tardar mucho en volver pues te he esperado. Pero vamos, que me lo he pasado genial hablando con tu madre un rato.

—Lo siento, es que me he entretenido un poco... perdón —sólo pudo decir Javier agachando la cabeza en señal de arrepentimiento.

Y tanto Isabel como Sofía se rieron a carcajada limpia por la reacción del chico. Les hacía gracia que Javier se tomara tan en serio lo que le estaban diciendo. Pero es que ellas no sabían que en el fondo Javier se lamentaba de verdad por haber hecho esperar a su amiga, porque deseaba mucho verla y pasar con ella todo el tiempo que fuera posible. Había perdido unos minutos de su compañía que nunca podría recuperar y eso le hacía sentirse culpable... ¡¡¡malditos pedidos!!!

—Di que sí, hija, que yo también me lo he pasado muy bien hablando contigo este rato —dijo Isabel mientras recogía el mostrador y se iba a la trastienda—. Os dejo un momento que voy a ver como van los bollos que está haciendo tu padre. Si entra alguien me llamáis, ¿vale?

Javier recobró algo de la dignidad que había perdido segundos antes y con seriedad dijo:

—Sí, ya me imagino como os habréis divertido. Seguro que tú, mamá, le has estado contando cosas mías de cuando yo era pequeño y os habréis reído a mi costa a base de bien. Como si os viera.

—No —dijo Sofía intentando mediar—. No digas eso, hombre. Si tú de pequeño debías ser muy mono. Quiero decir, gracioso... Vamos que tenías que ser muy rico.

—Anda, anda que siempre estás igual —dijo su madre perdiéndose en la trastienda.

En ese momento los dos chicos se quedaron solos en la panadería y el mundo pareció pararse para ambos. Durante unos segundos se miraron a los ojos y se dijeron lo mucho que se habían echado de menos durante el tiempo que llevaban sin verse. Fue una comunicación sin palabras, pero ambos entendieron el mensaje a la perfección. Los dos supieron que les había pasado lo mismo.

—Vamos fuera Sofía, que necesito que me dé un poco el aire. Esto está muy cargado.

Y mientras ella salía a la puerta de la panadería, Javier metió la cabeza en la trastienda y anunció a sus padres que estaría fuera con su amiga. Su madre le contestó que no se fuera a casa, que en cuanto terminaran de hornear los bollos se irían todos a comer.

Al reunirse otra vez con Sofía, notó que la cara de la chica había cambiado. Seguía siendo tan bonita como siempre, pero ahora había algo que no sabía si definir como tristeza o como preocupación; podrían ser ambas cosas. Más que nada se le notaba en los ojos, que aunque seguían irradiando una luz especial, ahora parecían haber perdido algo de intensidad. Javier se preocupó durante un instante y sin esperar más tiempo le dijo:

—¿Te pasa algo princesa?

La niña lo miró y Javier pudo confirmar que sus ojos iban perdiendo luz por segundos. Debía de pasarla algo, estaba seguro, y él estaba dispuesto a ayudarla en lo que fuera; como siempre lo había estado y como siempre lo estaría.

—Vamos, mujer, dime lo que te pasa que ya sabes que no soporto verte triste.

—Verás... —comenzó a decir la chica.

Pero se volvió a callar de repente.

Y Javier pudo ver, sorprendido, algo que en los años que llevaba conociendo a Sofía nunca había visto: la cara de la niña se tiñó de un rojo vergonzoso que la hizo agachar levemente la cara y mirar hacia el suelo. La indecisión se apoderó del chico durante unos segundos, pero rápidamente se deshizo de sus pensamientos y sin pensarlo se acercó un poco más a su amiga y le dijo:

—A ver si esto te ayuda un poco —y acto seguido la besó en la frente.

Sofía pareció reaccionar a la ayuda que Javier la tendía y se abrazó a su amigo y ambos se sintieron más juntos que nunca. El abrazo duró unos segundos, pero a los dos les pareció mucho más corto todavía. Se sentían bien estando abrazados y podrían haber dado su vida por estar así el resto de días que les quedaran en este mundo.

—La verdad es que no he venido sólo a comprar el pan —comenzó a sincerarse Sofía—. He venido porque también necesitaba verte.

Aún sintiéndose un poco culpable por alegrarse en ese preciso momento, a Javier le sonaron a gloria aquellas palabras bonitas de su amiga. Aquél sería otro momento de los que jamás podría olvidar. Y cada vez eran más los que ocupaban su mente. Le encantaba oírla hablar así. Cada día la veía más bonita, cada día la quería más... pero ese

tampoco era el momento de sincerarse con ella. Ahora parecía necesitarle de verdad y él era el único que la podía ayudar.

—Pues tú dirás. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras, así que venga, que seguro que no es para tanto.

Sofía, entonces, suspiró hondo y miró hacia todos lados cerciorándose de que nadie la podía escuchar. También se interesó por el interior de la panadería; al parecer nadie la interrumpiría en lo que tenía que decirle a su caballero.

—Es que he venido para pedirte un favor —logró decir con dificultad.

—¿Y desde cuándo para pedirme un favor tienes que dar tantos rodeos? —dijo Javier con toda naturalidad—. Ni que me fueras a pedir que te diera mi vida.

Y acto seguido se arrepintió de haber dicho eso porque sabía que también podría pedírselo si quisiera, ya que él estaría dispuesto a prescindir de aquello que realmente es propio de cada persona si Sofía se lo pidiera. Se la daría, ¿por qué no? No habría regalo mejor que pudiera ofrecerla.

—Lo siento, perdona, pídeme lo que quieras —rectificó al momento.

—Verás, mi caballero, hoy es un día muy especial para mí y me gustaría que me acompañaras esta tarde a un sitio al que quiero ir. De momento prefiero no decirte nada más para mantenerlo en secreto. No sé si te gustará, pero me haría mucha ilusión que vinieras conmigo. Necesito que confíes en mí y que de momento sólo aceptes mi invitación sin hacerme preguntas...

Javier se quedó un poco sorprendido con las palabras de Sofía. Su amiga parecía preocupada, o triste, por algo y le estaba invitando a acompañarla a un sitio que decía era especial para ella. Algo no cuadraba en esa historia. Pero Javier confiaba en ella por encima de cualquier cosa y no veía razón para negarse. Además eso podría ayudarla a mejorar su estado de ánimo. Aceptaría, ¿qué otra cosa podía hacer en su situación? Aparte de que viniendo la idea de Sofía no podía ser nada malo lo que le deparara aquel extraño secretismo.

—¿Y para eso tantas vueltas, mujer? —dijo cariñosamente Javier—. Pues claro que acepto tu invitación, aunque no estaría de más que me dijeras donde vamos a ir... lo digo más que nada para saber lo que debo ponerme, no vaya a ser que desentone un poco. Que yo soy un desastre con la ropa.

Ella le miró a los ojos y esbozó una sonrisa nerviosa, mezcla de la tristeza y la alegría que en esos momentos sentía, mezcladas con el alivio que recorría todo su cuerpo.

—Gracias, Javier —le dijo—. No te preocupes por lo que ponerte, tú siempre vas guapo. Además si tienes alguna duda pregunta a tu madre, que seguro que estará encantada de ayudarte.

Y Javier suspiró pensando en el futuro que le esperaba esa tarde. Ya no tenía tan claro que le gustara que no hubiera pedidos que repartir después de comer, porque se pusiera lo que se pusiera, Isabel le diría que no le pegaba y que se cambiara al instante. Era una batalla que sabía que tenía perdida de antemano, así que se limitó a asentir con la cabeza para no crearle más confusión a la sevillana.

—O sea que mi madre lo sabe —dijo por fin.

—Claro —contestó Sofía—. He venido a pedirle permiso para que te dejara venir y ella me ha dicho que no había ningún problema, así que la decisión sólo dependía de ti. Espero que no te moleste que lo haya hecho así... es que de verdad que es muy importante para mí que vengas conmigo.

—No, si no me importa, de verdad —aclaró Javier con el tono más convincente que pudo poner en ese momento—. Ya veo yo lo bien que os entendéis las dos sin necesidad de nadie más...

Y ambos se rieron a carcajada limpia por la ocurrencia que había tenido Javier. El sol iluminó por unos segundos el rostro de Sofía devolviéndole parte de la energía que parecía haber perdido minutos antes. A Javier le gustaba verla así, sonriente, feliz, como realmente era ella: una estrella con forma humana.

—Vale, entonces, ¿te parece bien que pase a recogerte por tu casa a eso de las cinco más o menos? —dijo Sofía con el rostro ya mudado hacia la normalidad.

—¿A recogerme? —preguntó intrigado Javier—. Eso sí que me lo vas a tener que explicar porque no lo entiendo, princesa.

La niña sostenía entre sus manos la barra de pan que había comprado, o mejor dicho que Isabel le había regalado como siempre que iba a la panadería. La apretó con tanta fuerza que estuvo a punto de partirla en dos. Debía tener cuidado con las explicaciones que daba si no quería que la sorpresa se rompiera en mil pedazos. No podía permitirse que ahora que le había logrado convencer de que la acompañara, una mala palabra lo estropeara todo.

—Si ya decía yo que me había salido muy preguntón mi caballero —dijo finalmente con una sonrisa—. El caso es que donde vamos a ir esta un poco lejos y mi padre a pedido a uno de sus empleados que nos lleve en coche, así que por eso iré yo a recogerte a ti a tu casa. ¿Contento?

Javier se quedó sin palabras. ¿Cuál sería el lugar de destino de aquella invitación que le había propuesto Sofía si tenían que ir en coche? Durante unos segundos barajó la posibilidad de varios lugares, pero ninguno le pareció correcto para aquella confusa aventura. Todo era muy raro, pero Sofía parecía tenerlo perfectamente planeado.

—Pues mira sí, estoy satisfecho —contestó Javier en tono burlón—. Me alegra que el caballero y su princesa recorran todo su reino en carruaje. Reconozco que me tienes intrigado, pero tú sabrás lo que haces. A las cinco me tendrás como un clavo esperándote, así que no me hagas esperar, ¿eh?

La niña se volvió a reír con ganas ante los argumentos que le ofrecía su amigo. Era una maravilla poder contar con alguien así en su vida. Alguien al que le podía confiar cualquier cosa sabiendo que jamás la traicionaría. Alguien con el que no la importaría compartir el resto de sus días...

—Mira que llegas a ser tonto cuando quieres —le dijo mientras con su mano le acariciaba dulcemente la mejilla.

—¿Tonto yo? —contestó Javier poniendo cara de incredulidad.

En esos momentos Joaquín e Isabel salieron a la calle. Llevaban el pan que en breve se comería en la casa de los Torres y dos bolsas con bollos recién horneados. Cerraron la panadería con los cerrojos metálicos que habían instalado el año anterior ante la oleada de robos que se habían producido en el barrio y se dirigieron hacia donde estaban hablando los chicos.

Ambos querían a Sofía desde que la conocían y a la madre de Javier no le hubiera importado que aquella sevillana de melena color negro azabache y grandes ojos color miel se convirtiera con el tiempo en su nuera. Más de una vez le había tirado indirectas a su hijo para recordarle lo interesante que era esa chica y lo buena pareja que hacían, pero Javier siempre se salía por la tangente diciendo que los dos aún eran muy jóvenes para plantearse algo así.

—Toma, hija, para que los probéis tu padre y tú —dijo Isabel mientras entregaba a Sofía una de las bolsas con bollos.

La niña recogió la bolsa, todavía caliente, con timidez y agradeció a los padres de Javier el presente.

—No debería aceptarlo, señora Torres —dijo sintiéndose un poco culpable—. Al menos cóbreme lo que valgan, porque son ustedes demasiado buenos con nosotros.

Los tres notaron el mal momento por el que estaba pasando Sofía y fue Joaquín el que deshizo el embarazoso instante con unas palabras que sorprendieron tanto a Isabel como a Javier por lo inesperadas que les resultaron:

—Anda, anda, no digas tonterías. Vosotros coméroslos y si luego os gustan ya vendréis a comprar más. Esto es una nueva táctica: primero ofrecemos el producto y si a la gente le gusta terminará adquiriéndolo, ¿a que es una buena idea? —dijo riéndose con ganas—. Se me ha ocurrido a mí.

La cara de Isabel reflejaba a partes iguales sorpresa y alegría por lo que acaba de escuchar de boca de su marido. Joaquín siempre había tenido muy claro que la tienda era un negocio, su negocio, y no era amigo de dar nada a nadie sin cobrarlo. Pero que él fuera quien ofreciera un producto gratis era digno de un milagro hecho por el mismísimo Jesucristo. Algo debía tener esta Sofía, pensó Isabel, para que lograra hacer que un hombre tosco como Joaquín hiciera eso.

El panadero también quería a Sofía, a su manera porque él era un hombre rudo, pero la quería. Sobre todo le hacía mucha gracia el acento que tenía la niña al hablar. Ese soniquete tan peculiar cuando se expresaba había conquistado a toda la familia Torres. Indirectamente todos sus miembros se preocupaban por ayudar a esa niña que se merecía todo lo bueno de la vida... porque los tres conocían su historia.

—¿Ya habéis quedado? —preguntó Isabel mirando a los chicos.

—Sí, señora —respondió rápidamente Sofía—. Ya le he contado a Javier lo que tiene que hacer, aunque parece que no se fía mucho de mis explicaciones.

El chico puso cara de indiferencia. De todos los presentes, parecía ser el único que no sabía nada de los planes de su amiga. Todos parecían conocer lo que le esperaba esa tarde, excepto él. Y eso le ponía nervioso. Le gustaría saber a lo que atenerse, pero no iba a preguntárselo a Sofía. Confiaba en ella, y además ya había aceptado su invitación. Aunque lo más extraño de todo era que su padre no se hubiera opuesto a que faltara a sus obligaciones en la tienda

—Bueno, pues en vista de que nadie quiere decirme nada más, creo que lo mejor será que nos vayamos a comer porque si no, voy a tener que darme mucha prisa para prepararme —dijo Javier con un ligero fastidio.

Sus padres y Sofía le miraron con guasa y se rieron de lo que había dicho. Javier se sintió incomodado porque sabía que esas risas eran producto de su ignorancia con respecto a su futuro más inmediato. No le gustaba nada que se rieran de él, y mucho menos que confabularan a sus espaldas. A pesar de todo seguía pensando que el secreto no debía de ser malo, ya que los intrigantes eran sus padres y Sofía.

—Tienes razón —respondió Sofía—. Es mejor que me vaya ya, por que como me entretenga más no me va a dar tiempo a mí tampoco. Gracias otra vez, señores, por los regalos.

Entonces fue dando dos besos a los tres para despedirse y agradecerles los presentes. Y de los seis que dio, los que le correspondían a Javier le parecieron más especiales que el resto. Algo la estaba creciendo en su interior...

—A las cinco, que no se te olvide —dijo mientras se marchaba camino de su casa.

Javier asintió mientras la veía desaparecer en la distancia. Últimamente cada vez que la veía alejarse de su lado sentía una dolorosa punzada en su corazón. Algo parecido a la tristeza más absoluta se instalaba en su alma cuando no estaba cerca de su princesa. Además esa mañana le había sorprendido por partida doble: por ir a verle a la panadería y por invitarle a que la acompañara a algún sitio que todavía debía descubrir.

* * * * *

Durante el trayecto que los llevó hasta su casa en la calle Fray Luis de León, Javier no habló nada. Sus padres dialogaban sobre asuntos relacionados con la panadería y no parecían tampoco hacerle caso. Él seguía sumido en sus pensamientos intentando encontrar el lugar que iba a visitar junto a Sofía aquella tarde. Cualquier sitio podía ser posible y, a la vez, cualquiera podía no serlo. Se sorprendió de la poca paciencia que estaba demostrando con este asunto en concreto. Siempre había sabido esperar en la vida, aunque eso le había traído algún que otro disgusto, pero ahora no podía contener las ganas de que llegaran las cinco de la tarde. Se prometió que tendría que cambiar esa forma de ser que tenía: que cuando sintiera algo no esperaría acontecimientos, así no tendría que lamentarse de tantas cosas como se había arrepentido hasta la fecha...

Pero también sabía que él no era así, que no podría cambiar de la noche a la mañana y que seguiría sufriendo como lo había hecho siempre por culpa de esa timidez que no le abandonaría nunca. Ése era el mayor de los muchos defectos que tenía; era una persona imperfecta, alguien que no se merecía tener amigos como Sofía. Y casi sin darse cuenta, se sorprendió limpiándose las lágrimas que le brotaban de manera espontánea. No podía explicarse porqué había tenido tan mala suerte en toda su vida...

Y había algo que le rondaba en la cabeza y que le pesaba más que cualquier otra cosa en el mundo: le daba mucho miedo contagiar a Sofía la mala suerte que parecía acompañarle en todo lo que ponía su ilusión. Que su vida estuviera destrozada podía sobrellevarlo, pero destrozársela a su amiga sería una condena que no podría soportar nunca. Nada le haría más feliz que ver a Sofía alegre en la vida y tenía la sensación de que si seguía a su lado, algún día se arrepentiría de haber compartido su tiempo con él. Pero, a la vez, tenía muy claro que no podía vivir sin ella, que la necesitaba más de lo que podría demostrarle nunca y que si alguna vez le faltaba su compañía, su vida no tendría ya ningún sentido.

Ese día comió rápido, excesivamente rápido, cosa que sorprendió por igual a sus padres. Javier siempre había sido muy especial para las comidas y desde muy pequeño había demostrado que no era persona de comer en cantidad. Más de una ve había tenido que soportar los comentarios de la gente mayor diciéndole que con lo que él comía no podría alimentarse ni un pajarito. Pero Javier sabía que no necesitaba más. Que si hubiera requerido más alimento, su cuerpo le hubiera dado algún aviso y, de momento, eso aún no había sucedido. El caso es que esa tarde fue el primero en terminarse el pollo a la cerveza que había cocinado su madre. Isabel, por su parte, se alegró de que su hijo hubiera degustado la comida con tantas ganas. Ella, que le había visto tan enfermo de pequeño, no podía remediar alegrarse cuando lo veía crecer cada día sano. Las mínimas esperanzas de que Javier pudiera sobrevivir a las enfermedades que había sufrido de pequeño y que le habían dado hacía años se multiplicaban para ella cada día que pasaba. Su hijo ya había cumplido diecinueve años, diecisiete más de los que le habían prometido los médicos cuando nació y eso para Isabel era un motivo de alegría cada jornada.

Sin esperar a que sus padres terminaran de comer, Javier se levantó de la mesa, recogió su plato y se fue a su habitación a buscar algo que ponerse adecuado al acontecimiento que iba a vivir en poco más de una hora. Tras pasarse varios minutos rebuscando la ropa adecuada en su armario se dio cuenta de que no encontraba nada porque no sabía realmente lo que estaba buscando. Sofía no le había dicho dónde iban y encontrar algo de vestir que pegara en un sitio secreto para él se le antojaba bastante complicado para sus pocas nociones de moda. Así que se decidió por la opción más segura, la que nunca fallaba: cerró su armario de golpe y salió de su habitación. Cuando llegó al comedor comprobó que su madre estaba terminando de recoger la mesa de la comida

mientras su padre descansaba en uno de los sofás. Javier ayudó a terminar de llevar los cacharros a la cocina y, con cierta vergüenza, preguntó a Isabel:

—Mamá, ¿me puedes ayudar a saber qué tengo que ponerme para ir con Sofía?

Ella, al principio, no le hizo mucho caso. No era la primera vez que Javier al sentirse atrapado en ese tipo de dudas la pedía ayuda... y seguro que no sería la última. Ambos sabían que en este caso concreto se necesitaban el uno al otro. Javier tenía la seguridad de que su madre le iba a aconsejar bien e Isabel se quedaba más tranquila viendo como su hijo se ponía lo que ella le decía.

—Vamos mamá. Tú debes saber donde voy ir —dijo Javier en tono de súplica—. Al menos me lo podías decir para no quedar como un imbécil delante de Sofía.

Isabel, entonces, dejó los platos que iba a empezar a fregar y tras secarse las manos con un paño de cocina se puso sería al hablar con su hijo:

—Mira Javier, si pretendes que falte a mi palabra con Sofía no lo vas a conseguir hagas lo que hagas y digas lo que digas. Claro que sé donde vas a ir esta tarde, pero le prometí a esa niña que no te diría nada y no lo haré. Lo que sí que puedo decirte es que si no hubieras aceptado acompañarla, yo misma te hubiera obligado aunque hubiera sido a base de bofetadas, así que más te vale que te pongas uno de los pantalones nuevos y una camisa para salir esta tarde.

El chico se quedó sorprendido por la reacción de su madre y a la vez intimidado por las palabras que había escuchado. No era normal ver a Isabel Valverde utilizar ese tipo de expresiones, y menos con su hijo. El caso es que seguía sin saber cual era su destino más inmediato... pero al menos ahora sabía lo que debía ponerme, en eso había dado un paso adelante.

—Está bien, ya veo que nadie quiere decirme nada —dijo mientras se marchaba de nuevo a su habitación un poco fastidiado—. Gracias por la ayuda, mamá.

Un pantalón de vestir negro y una camisa blanca fue la elección de Javier para esa tarde. Tras ponérselos comprobó que le sentaban bastante bien. Parecía más mayor con esa ropa y poco a poco se fue convenciendo de que no era lo que más le gustaba para vestir, se sentía bastante incómodo así de encorsetado. En ocasiones especiales, como ésta, no podría negarse pero para el día a día prefería ropa mucho más cómoda. Acabada la primera fase de su preparación se fue al baño donde buscó la colonia de su padre. La ocasión parecía merecer la pena, así que un poco de ayuda extra no le sobraría. Se echó una cantidad que estimó suficiente y se peinó lo mejor que pudo, esmerándose como pocas veces recordaba. Esa tarde tendría que ser perfecta y nada podía hacer que él la estropeara. No recordaba nunca haberse mirado tantas veces en el espejo antes de salir y se puso un poco nervioso al comprobar las múltiples tonterías que estaba realizando. Nervios producto de lo desconocido que le esperaba, inquietud por todo lo que le pudiera suceder en aquella tarde.

Por fin, decidió darse el visto bueno a sí mismo y salió del baño en busca de su madre. La encontró terminando de arreglar la cocina, a punto de prepararse para volver junto con Joaquín a la panadería para comenzar el turno de tarde. Aunque antes tendría unos minutos de descanso, pensó Javier. Isabel vio aparecer al chico y su cara reflejó a partes iguales la sorpresa y la alegría que le proporcionaban el verle vestido como un hombre. Esa expresión era otra de las que Javier no soportaba de su madre.

—Mira que guapo estás, cariño —le dijo mientras le daba un par de sonoros besos.

Después se separó de él y le miró de arriba abajo recreándose en su creación. Difícilmente una madre podría querer tanto a su hijo como ella lo quería a él.

—Pero si te has echado colonia de la de tu padre y te has peinado. Me alegro mucho, porque ya verás como no te arrepientes.

Javier se sintió incómodo por el recordatorio tan poco acertado de su madre. Sabía que ella se lo decía por su bien, pero esperaba que algún día le viera como algo más que su niño.

—Bueno pues a mí me parece que estás perfecto —le volvió a decir dándole otro beso más—. Y yo que tú me iría bajando ya al portal porque mira la hora que es.

Efectivamente, Javier miró su reloj y comprobó que faltaban siete minutos para las cinco de la tarde. Se despidió de su padre desde la puerta del comedor y le dio un beso a Isabel a modo de despedida. Mientras bajaba por las escaleras del edificio Javier oyó a su madre que le decía:

—Dale un beso a Sofía de nuestra parte, cariño.

Al abrir la puerta del portal Javier pudo comprobar que su amiga aún no había llegado. Teniendo en cuenta el calor que hacía en la calle decidió quedarse dentro del portal, que estaba más fresquito, y esperarla allí hasta que llegara. Podría verla a través del cristal oscuro que remataba la puerta de hierro descolorido que lo protegía del bochorno reinante en la calle.

A esas horas de la tarde la calle Fray Luis de León estaba prácticamente desierta. Pocas personas se atrevían a salir y los pocos que lo hacían debía ser por obligación, pensó Javier. Mientras esperaba se puso a pensar en las vueltas que daba su vida. Poco se podía imaginar él esa misma mañana que por la tarde iba a estar esperando a su mejor amiga a que viniera a recogerle en coche para llevarle a un sitio secreto. Poco se podía imaginar hacía unos meses que le fueran a pasar todas las cosas que le estaban pasando... y que la culpable fuera Sofía, su Sofía.

Desde el portal miró al frente y vio el edificio vecino al suyo y pensó que cada inquilino de aquellos pisos también tendría su propia historia personal. Unas historias que seguro serían tanto o más importantes que la suya. Unas historias que para cada uno de sus dueños serían especiales; como para él era la suya.

Dándole vueltas estaba a la importancia de las historias de cada persona que no se dio cuenta de la llegada a la puerta de su portal de un coche negro que paró frente a él. Fueron pocos segundos los que tardó en volver al mundo real, ya que del flamante coche se bajó alguien que conocía perfectamente. Sofía traía el pelo recogido en una coleta y vestía un vestido negro que la hacía más mujer de lo que realmente era. Javier salió a su encuentro y según se iban acortando los metros que los separaban sintió que el corazón le iba a dar un vuelco. También esa tarde estaba preciosa, como todas. No recordaba haberla visto nunca con algo que mereciera un calificativo menor que bonita o preciosa, pero esa era una opinión muy subjetiva y, además, viniendo de él tampoco tenía mucho valor. Pero el caso es que la veía muy guapa, demasiado hermosa y empezó a preguntarse si no tendría algo que ver con lo que él sentía por ella. Rápidamente se contestó a sí mismo: sí, él la quería y para él siempre sería la chica más bonita del mundo.

—Hola, princesa —dijo mientras ofrecía su mejor sonrisa.

La niña le devolvió la sonrisa y tras darle dos besos le dijo:

—Hola, caballero. Espero que no te enfades por no haberte dicho donde quiero que me acompañes. Quiero pedirte perdón si crees que me he portado mal contigo, pero es que no sabía si querrías acompañarme si te lo decía. Por favor, perdóname.

Javier entonces entendió que era el momento perfecto para quitar importancia al plan de Sofía. No le gustaba que le pidiera perdón por nada de lo que hacía por ella, porque no se sentía digno de tal privilegio. Él hacía esas cosas porque quería... y porque la quería... ¿era necesario que entonces le pidiera perdón?...

—Bueno, bueno, vamos a dejarlo ya. No tengo nada que perdonarte. Además si lo pensamos fríamente creo que debería ser yo el que te diera las gracias por poder pasar

la tarde contigo, que ya sabes que para mí es todo un placer. Así que venga, vámonos ya donde tengamos que ir, porque sí que te reconozco que algo extrañado me tienes.

Y entonces sucedió otra cosa que Javier recordaría siempre. Casi sin darle tiempo a reaccionar Sofía se abrazó a él con fuerza y tras varios segundos unidos, se separó levemente, le cogió las manos, le miró a los ojos y le dijo:

—Gracias, Javier. Gracias por todo. Nunca podré vivir lo suficiente para agradecerte lo que haces por mí. No me faltes nunca, por favor.

Javier, por su parte, creyó que sus lágrimas no iban a poder vencer la resistencia que estaba intentando ofrecerlas desde lo más profundo de su corazón. No quería que Sofía le viera llorar. Y no se le ocurrió otra cosa mejor que pasarle un brazo por encima del hombro y decir:

—Venga, venga princesa. No digas eso, que yo no me merezco tantas palabras bonitas dichas por tu boca. Ya te he dicho alguna vez que tú eres tan especial que haces que los que estamos a tu lado hagamos las cosas sólo por verte sonreír; porque mirarte a los ojos y ver esa sonrisa tuya pueden darle la vida a cualquiera, así que alegra esa cara tan preciosa que tienes.

La chica le sonrió con agradecimiento y apretó la mano de su amigo con fuerza de manera que en cierto modo se sintió protegida por Javier. Ambos recorrieron así el espacio que les separaba del coche que los estaba esperando y se montaron en los asientos traseros del mismo. Javier, entonces, se dio cuenta de que el padre de Sofía debía de ser una persona más importante de lo que había estimado hasta la fecha. Estaba montado en un coche último modelo de su propiedad y encima tenía chofer. Definitivamente Sofía sólo podía ser un sueño inalcanzable para él. Jamás podría ofrecerla todo lo que ella se merecía. Con sólo ser amigo suyo ya debería sentirse más que afortunado, pero... a pesar de todo no podía evitar quererla, amarla con todas sus fuerzas.

Mientras el coche del señor Olmedo recorría Madrid, Javier vio pasar las calles de su ciudad como imágenes de un álbum de fotos. La tarde era perfecta: el sol brillaba en lo más alto del cielo madrileño dando una luz especial a la capital del país.

Javier se acordó de que alguna vez le había dicho a Sofía que cada vez que veía una mañana soleada se acordaba de ella. Le había confesado que sus ojos eran los que iluminaban el mundo y que sabía cuando estaba triste porque esos días eran días nublados y lluviosos. Su amiga le había contestado que le agradecía lo que la decía, pero que sentía no ser capaz de hacer que el sol brillara a su voluntad. Además Javier ese día le confesó que por las noches cuando miraba las estrellas también le recordaban a ella. Lo que no pudo confesarle en aquella tarde es que todo le recordaba a ella, que la tenía siempre en sus pensamientos, que era lo mejor que le había pasado en la vida y que desde que la conocía había visto una nueva luz en su oscura existencia. Aunque aún albergaba la esperanza de poder confesárselo algún día, a pesar del miedo que le daba la reacción que pudiera tener la muchacha.

Pero esa tarde era perfecta y Javier tuvo la seguridad de que Sofía había tenido algo que ver para que el sol brillara de esa manera y lograra sacar toda la belleza de su ciudad.

Durante todo el trayecto ninguno de los dos hablaron nada. Ambos, por diferentes razones, se sentían nerviosos por la situación que les esperaba en unos instantes. En un momento dado la voz del conductor hizo que los dos chicos salieran de sus pensamientos para volver a la realidad.

—Estamos llegando, señorita.

Entonces Javier se dio cuenta de dónde estaba. ¿Aquel lugar era su destino?

—Gracias Sebastián —dijo Sofía—. Procuraremos no tardar mucho. Espéranos en la entrada, por favor. Prefiero que nos dejes solos.

—Como usted quiera, señorita.

Y acto seguido el conductor aparcó el coche con la mayor suavidad posible junto a una tapia de ladrillo en la que había aparcados otros vehículos.

Sofía fue la primera en bajarse del coche, quizá porque ella ya sabía del destino de aquel viaje. Javier tardó algo más en reaccionar. Todavía no podía creerse dónde se encontraba. Desde luego ese sería el último lugar que se le habría ocurrido pensar. Aún sorprendido puso los pies en el suelo y observó con respeto la entrada al recinto donde seguro iba a tener que dirigir sus pasos. Observó unos segundos lo que se advertía a través de las puertas y pudo ver a varias señoras mayores que salían con unos cubos en la mano y que se cruzaban con otras tantas que entraban con ramos de flores bajo el brazo. Casi sin darse cuenta su mirada se cruzó con la de Sofía y pudo ver en el rostro de su amiga una expresión de preocupación por la reacción que él pudiera tener al reconocer el sitio al que lo había llevado. Javier era consciente de que había aceptado la invitación desde el principio y aunque el lugar era el que menos se podía esperar, no le importaba haber llegado hasta allí. Lo que no terminaba de entender era porqué ese lugar, porqué no cualquier otro... ¿Qué tendría de especial para Sofía?

Y como vio que la niña parecía impacientarse ante su silencio, volvió a pasarle el brazo por encima del hombro, la dio un beso en la mejilla y la dijo con la mejor de sus sonrisas:

—Vamos, princesa. Hoy seré yo el que me deje guiar hasta donde tú quieras.

Ella le agradeció con una sonrisa aquel gesto, y de esa manera los dos cruzaron la puerta del Cementerio del Este. Aquel lugar hacía aflorar en Javier una sensación extraña. Los cementerios no le gustaban nada y menos ése que era uno de los más grandes que existían. Aquella sí que era una necrópolis en el más estricto sentido de la palabra. Todo lo que podía cubrir la vista de Javier eran tumbas, mausoleos o nichos; ese último hogar que a todos, mas pronto o más tarde, les tocaría ocupar.

Mientras seguía a Sofía por el laberinto de calles del cementerio, Javier comprobó que hasta después de la muerte había clases. Era triste que en esos momentos de descanso eterno, los habitantes de aquella lánguida ciudad tuvieran tanta diferencia entre unos y otros. Puede que la Parca no tuviera preferencias a la hora de elegir a sus víctimas, pero estaba claro que los que se quedaban a este lado de la vida demostraban su poder adquisitivo a la hora de honrar a sus familiares desaparecidos... pero aunque todos echaran de menos a sus parientes, las clases se podían diferenciar perfectamente por el nivel de las tumbas que albergaban a los muertos: unas tan sencillas que ni siquiera tenían la identidad de la persona que custodiaban; otras, por el contrario, eran tan exageradamente recargadas que parecían cualquier cosa menos un lugar de reposo para un muerto. Esto hizo a Javier convencerse aún más de una idea que le llevaba rondando desde hace tiempo: prefería que lo incineraran cuando se muriera; que donaran sus órganos antes para poder ayudar al que lo necesitara y que después lo quemaran para no tener que acabar el resto de los días confinado en un agujero a varios metros por debajo del nivel de la tierra. Así podría ser eterno y no arrastraría a sus seres queridos a desplazarse hasta su última morada para ver sólo una fría losa de mármol con su nombre inscrito en letras que con el paso del tiempo se oxidarían como su alma...

Durante unos minutos encaminó sus pasos guiado por Sofía entre las tumbas del cementerio. Su amiga debía saber a la perfección el lugar al que se dirigían porque se desenvolvía con absoluta seguridad por aquella laberíntica necrópolis. Javier tuvo claro que había perdido la oportunidad de recordar el camino que había recorrido desde que había entrado en el cementerio y se reprochó no haber prestado más atención por si alguna vez lo hubiera necesitado. Total a esas alturas daba igual, ya era muy tarde para memorizar el trayecto.

Y cuando más ensimismado estaba en sus pensamientos, Javier se tropezó con Sofía ya que ella se paró en seco delante de una tumba jaspeada de mármol negro. No era ni tosca ni recargada. Tenía un Cristo crucificado de acero de unos cuarenta centímetros de alto en el frente de la misma. Encima de la losa principal, un jarrón con un abundante ramo de rosas rojas era lo único que la sacaba de una austeridad forzada.

—Bueno, pues ya hemos llegado —dijo Sofía con un tono de tristeza que no se le escapó a Javier.

El chico, por su parte, seguía sin entender nada de lo que le estaba sucediendo en esos precisos momentos. Su cara reflejaba con total claridad el desconcierto que estaba sufriendo. Algo muy gordo se le escapaba, seguro. Pero, ¿qué? Sofía se dio cuenta del mal momento que estaba pasando su caballero y tratando de ayudarle a ubicarse le señaló con la mirada hacia la lápida que tenían a su lado. Javier leyó mentalmente lo que estaba grabado en el mármol negro y su cara le mudó de tal manera que Sofía se asustó y creyó que su acompañante se iba a desmayar allí mismo.

Dª ELISA RAMOS ROMERO

SUBIÓ AL CIELO EL 10—07—1954
A LOS 42 AÑOS DE EDAD

TU ESPOSO E HIJA NO TE OLVIDAN
D.E.P.

Javier no supo cómo reaccionar en aquel momento. Ahora encajaban todas las dudas que había tenido desde que hablara con Sofía esa misma mañana. Ahora sabía porqué estaba allí. Había sido un auténtico imbécil durante todo el día al pensar que iba a ir a divertirse con Sofía, olvidando una fecha tan señalada para su princesa. No se sentía con fuerzas para mirarla a la cara, se arrepentía enormemente por las tonterías que le había dicho. Se había equivocado y su metedura de pata le hacía sentirse fatal.

—Dios mío... Tu madre... Yo... —pudo decir finalmente con mucho esfuerzo—. Hoy hace años que murió... Lo siento, Sofía. Siento de verdad haberme olvidado. Por favor, perdóname...

Y sin querer evitarlo Javier dejó que sus lágrimas recorrieran las facciones de su cara como muestra del tremendo remordimiento que sentía. Se daba cuenta de que le había fallado a la persona que más quería en el mundo no acordándose del día en el que estaba. Nada podría ya deshacer aquel descuido que había cometido con su princesa... ¿Acaso se merecía él que Sofía le quisiera después de lo que le había hecho? ¿Cómo podría pensar en pasar el resto de su vida junto a ella si no era capaz de recordar algo como eso? Y lloró no sólo por su torpeza, lloró por muchas cosas más que en ese momento creyó perdidas para siempre. Cosas que ya nunca podría recuperar por más que se esforzara.

Sofía se sorprendió de ver a su amigo en esas circunstancias. Nunca había presenciado una reacción así en Javier y se sintió culpable por haber provocado algo que podría haber evitado si no le hubiera dicho nada aquella mañana. Abrazó a su caballero y trató de consolarle acariciando su pelo, como sabía que le gustaba a él.

—No te preocupes —le dijo casi en un susurro—. No te dije dónde quería que me acompañaras porque pensé que no te iba a gustar y que no querrías venir conmigo. Fui un poco egoísta porque sabía que si te lo pedía vendrías conmigo a cualquier sitio,

así que creo que soy yo la que debe pedirte perdón por haberte traído engañado. Pero la verdad es que necesitaba que vinieras conmigo porque mi madre te quería mucho y tú lo sabes. Estoy segura de que desde donde esté, estará sonriendo al ver que hemos venido juntos para verla. Tengo que confesarte que mi padre ha venido esta mañana, las flores son suyas, y me ha dicho que viniera con él, pero yo quería venir contigo. Por eso he ido a la panadería a pedirles permiso a tus padres para que no tuvieras que hacer ningún reparto esta tarde... porque no podía venir sola... porque quería venir contigo, que sé que eres el único que me entiende...

Javier todavía estaba intentando asimilar lo que le estaba sucediendo cuando recibió la confesión de Sofía. Todo había cobrado un sentido que si se hubiera esforzado más en buscar podría haber descubierto sin tener que quedar como un auténtico tonto delante de su niña. Pero algo tenía claro en ese momento: el culpable era él, ella no tenía nada por lo que pedirle perdón.

—Sabes que iría contigo al fin del mundo, princesa. Nada hubiera cambiado a la hora de aceptar tu invitación si me lo hubieras dicho. Hubiera aceptado igualmente. Como hubiera aceptado acompañarte a cualquier lugar que tú necesitaras ir. Para mí eso es un honor y no podría nunca negarme a hacerlo... no podría porque yo te...

Y en ese momento una idea le cruzó por la mente como una revelación. Estar en un cementerio debía de dar esas cosas. Alguien debía iluminar a los vivos en la tierra de los muertos. Y aunque sabía que lo que se le acaba de ocurrir no iba a servir para compensar la deuda que había adquirido con su amiga, le pareció que era una buena manera de empezar a saldarla.

—Espera un momento. No te muevas, que vuelvo enseguida.

Y después de darla un beso en la frente, Sofía le vio desaparecer a toda prisa por entre el laberinto de calles del cementerio en dirección a ninguna parte. Ahora era ella la que debía confiar en él, se lo debía...

Javier creía haber visto un puesto de flores en el trayecto que había realizado junto a Sofía cuando iban buscando la tumba de Elisa. En el momento de pasar al lado de él no le había dado demasiada importancia, pero ahora la había adquirido toda. Necesitaba encontrarlo cuanto antes y así sorprender a la niña andaluza que ahora le esperaba incrédula al lado del lugar donde reposaban los restos mortales de su madre.

Efectivamente, Javier había calculado bien donde estaba el puesto de flores. La encargada del negocio era una señora mayor que debería rondar los sesenta años. Su pelo canoso la dotaban de una dulzura en la cara acentuada por sus indescriptibles ojos azules. Andaba ligeramente encorvada, fruto de los años de trabajo en el campo, pero con una agilidad impropia de una persona de su edad. La gente como ella era gente fuerte, curtida en lo que era trabajar de verdad.

Cuando Javier llegó a la altura del puesto observó que la cantidad de flores diferentes que se abrían ante sus ojos era más grande de lo que se podía esperar. Crisantemos, margaritas y rosas eran sólo una pequeña muestra del género que allí se vendía. Y eso se le planteó como un problema. Volvió a maldecir su suerte, porque sabía que si Sofía estuviera con él le podría haber ayudado a elegir, pero claro que no podía estar allí porque si no se hubiera roto la sorpresa. Así que decidió utilizar la salida más fácil que se le ocurrió en ese momento.

—Perdone —le dijo a la señora mayor—. ¿Podría darme el ramo más bonito que tenga?

La dueña del puesto se giró para observarle y dejó lo que estaba haciendo para atenderle. Miró pensativa por todo el puesto para hacerse una idea de cómo cumplir el encargo que acababa de recibir y antes de empezar a realizarlo puso por delante el pre-

cio de lo que le iba a costar. Javier aceptó sin pensarlo, cualquier precio le hubiera parecido poco en ese momento. Así que cerrado el trato la mujer comenzó a trabajar.

—¿Estas flores son para algún familiar, joven? —le preguntó mientras daba forma al ramo.

—Algo así, sí... algo así...

Javier fue viendo como en poco más de tres minutos el ramo había quedado terminado y con un aspecto digno de los mejores reyes. No en vano, él sabía que esa colección de flores iría destinada a la madre de una princesa: a una reina. Y le pareció que había merecido la pena haber hecho esa locura sin consultarle a Sofía.

¿Qué expresión pondría su amiga cuando le viera aparecer con las flores? ¿Se habría enfadado con él por haberla dejado sola? Esperaba que no, porque para ella también había comprado un regalo.

Así que sin esperar más pagó a la florista el precio convenido y empezó a desandar el tramo que le separaba de Sofía. Al principio creyó que se había perdido al no reconocer el sitio por el que estaba pasando, pero algo le debió dirigir por el buen camino porque casi sin darse cuenta se encontró de frente con la tumba de Elisa. Su amiga estaba callada mirando al suelo, rezando supuso Javier. Y mientras llegaba a su altura su corazón se aceleró advirtiéndole de que aquél sería un momento delicado.

—Ya estoy aquí —dijo en tono lo más jovial que pudo—. Siento haberte dejado sola, pero mira lo que me he encontrado.

La niña levantó la mirada con expresión de alegría por volver a verle y al instante se quedó petrificada al observar el hermoso ramo de flores que Javier la estaba ofreciendo.

—Verás, princesa... —dijo Javier—. Me gustaría que aceptaras este regalo para tu madre. Yo también la quería mucho, porque conmigo siempre fue muy buena. Aunque sea poco para lo que ella se merece... No sé cómo se me ha podido olvidar esta fecha... Por favor acéptalo...

La niña sonrió con la expresión más dulce que el mundo hubiera visto nunca. Agarró el ramo de flores y se puso a admirarlo con devoción. Las tocaba casi con miedo de romperlas, las olía una a una y disfrutaba de ese momento como si fuera a ser único en su vida. A Javier le tranquilizó bastante el ver como Sofía trataba el ramo; eso le daba a entender que su locura había sido todo un acierto. Su deuda, ésa que nunca podría saldar con Sofía, ya tenía una letra menos que pagar.

—Qué bonito es —dijo Sofía—. No tenías que haberte molestado. Te ha debido de costar un montón. A mi madre seguro que le habrá gustado mucho, pero desde donde esté estará echándote la bronca por hacerlo. A mi madre le gustaban mucho las flores y este ramo es el más bonito del mundo. ¿Por qué lo has hecho? No me merezco que seas tan bueno conmigo.

Y acto seguido le dio un beso al ramo y lo depositó en la lápida de Elisa, cerca del jarrón.

—Mira, mamá, lo que te ha regalado Javier. ¿A que son preciosas?

Javier creyó que otra vez iba a llorar ante las palabras de Sofía. Aquella niña le hablaba al frío mármol con tal naturalidad que parecía que estuviera hablando realmente a su madre. En cualquier otro lugar hubiera abrazado a su amiga y la hubiera cubierto de besos para ayudarla a pasar ese mal momento... en cualquier otro lugar...

Y entonces se dio cuenta de que no le había dado el regalo que había comprado para ella. Al principio tuvo dudas de si debía entregárselo o no, pero pensó que ya que había llegado hasta ahí era absurdo no hacerlo. Así que se abalanzó sobre el ramo de flores que ahora descansaba en la fría piedra y tras rebuscar unos segundos extrajo una

rosa roja. Era la única que había y sin pensárselo ni una vez más se la ofreció a Sofía y la dijo:

—Ésta es para ti, para que me perdones por todos los fallos que tengo. No sé porqué pero contigo siempre siento que meto la pata. Procuro hacer las cosas lo mejor que puedo, pero siempre acabo haciendo alguna estupidez. Tú te mereces esto y mucho más. Tú te mereces todo, princesa. Perdóname, te lo suplico...

La niña aceptó agradecida el presente de Javier y por un momento se quedó sin palabras con las que compensar a su caballero. Durante unos segundos los pétalos de la rosa acariciaron su mejilla y Javier sintió envidia de aquella afortunada flor. Después Sofía llevó la rosa a sus labios y tras oler su perfume la besó dulcemente.

—Gracias, no me lo merezco, pero gracias.

Y durante unos minutos los chicos permanecieron en silencio con las cabezas mirando al suelo. Javier, de vez en cuando, miraba de reojo a Sofía e interiormente se alegraba por verla acariciar la flor que le había regalado. Para él era muy importante que ella hubiera aceptado ese regalo. Ojalá esa rosa nunca se marchitara y así cada vez que ella la viera le recordaría a él.

Ojalá pudiera decirle que la quería...

Se levantó algo de viento y ambos tuvieron que protegerse para que la arena no se les metiera en los ojos. Fue un solo golpe de aire, pero suficiente como para haber creado un disgusto a quien no hubiera estado rápido a la hora de cubrirse.

Pasada la ventisca todo volvió a la normalidad. Ahora la afluencia de gente en el cementerio era más notable. Javier supuso que la hora que era debía ser la de más intensidad en cuanto a visitas se refería. Era paradójico contemplar como la gente acudía en masa a visitar no a sus familiares, si no a las frías piedras que los custodiaban. Aunque Javier creyó que la gente iba hasta los cementerios no a visitar a sus familiares, no a ver las tumbas, si no más bien a reencontrarse con los recuerdos que aquellas personas les hacían revivir a pesar de no estar ya en este mundo. Recordar tiempos pasados a veces era bueno, siempre que ese pasado mereciera la pena ser recordado.

—¿Te acuerdas mucho de ella? —dijo Javier de repente.

Sofía pareció salir de un estado de inconsciencia voluntaria. No se esperaba la pregunta y tardó en reaccionar. Javier después de hacerle aquella consulta se había quedado mirando al suelo como si nada hubiera pasado. Parecía no querer mirarla a los ojos para no obligarla a contestarle. Ella, interiormente, agradeció la pregunta de Javier, porque aquel silencio estaba consiguiendo que aumentara su tristeza. Levantó la mirada al horizonte y habló sin evitar que las lágrimas cubrieran su rostro.

—Claro que me acuerdo de ella. Y cada día más. La echo mucho de menos porque hay momentos en los que necesitaría que estuviera a mi lado. Mi padre se ha portado muy bien conmigo, pero hay cosas que él no puede abarcar y cosas en las que nadie puede sustituir a una madre. Sé que me cuida desde el cielo, porque yo sé que como era tan buena estará en el cielo... en el sitio más bonito que haya allí arriba... Ese sitio habrá estado reservada hasta que ella llegó.

—Seguro que sí, no lo dudes —afirmó Javier.

La niña le agradeció su apoyo con una media sonrisa llena de tristeza y prosiguió:

—Pero no creo que fuera justo que se muriera y menos sufriendo tanto. Nadie se lo merecía menos que ella. Nunca hizo nada malo para que tuviera que marcharse así. Pero, ¿sabes una cosa? Estoy segura de que me estará esperando en el cielo a que yo llegue y cuando me vuelva a ver me dará un abrazo enorme y un millón de besos, y me volverá a contar sus cuentos.

A Javier se le creó un nudo en la garganta. Era la primera vez que veía llorar a Sofía y sus palabras le habían calado muy hondo. Nunca había sabido reaccionar en ciertos casos a la hora de dar ánimos y ése en concreto se le antojaba de los más difíciles que se iba a encontrar en su vida. Metería la pata, como siempre, dijera lo que dijera. Pero algo tenía que decir si no quería quedar aún peor. Sin querer evitarlo él también empezó a llorar ante su amiga. Posiblemente también fuera la primera vez que ella lo veía en ese estado, pero no le importaba. Apoyar a la niña ahora era asunto prioritario, más allá de lo que sus emociones pudieran expresar.

—Nadie se merecer morir, princesa —empezó a decir Javier—. Pero tienes razón en que tu madre quizá fuera una de las que menos se lo merecía. Aunque puedes mirarlo por el lado de que seguro que ahora, en el cielo, ya no sufrirá como lo hizo los últimos días que estuvo aquí. Tienes que ser fuerte, Sofía. Yo estaré contigo para lo que necesites, ya lo sabes. Y todas las veces que quieras venir a verla espero que cuentes conmigo para acompañarte, porque estaré encantado de hacerlo.

La niña se secó las lágrimas con un pañuelo bordado que sacó de su bolso y acto seguido hizo lo mismo con su caballero. Suspiró hondo y con el sol de media tarde como testigo le ofreció a Javier una sonrisa de agradecimiento que llegó al fondo del corazón de su amigo. Hasta en esos momentos tristes, la belleza andaluza de la niña sobrepasaba cualquier instante de mal rato. Y Javier tuvo que volver a contenerse para no abrazar y besar a Sofía en medio de aquel cementerio.

—Gracias, Javier. ¿Qué haría yo sin ti?

«*Buena pregunta*», pensó Javier. Esa era la cuestión que a él le rondaba en la cabeza las veinticuatro horas del día: ¿qué haría él sin ella? El vacío más grande que se pudiera imaginar sería su condena si alguna vez le faltaba la compañía de Sofía. Algo por lo que no estaba dispuesto a pasar por nada del mundo.

Durante varios minutos los dos chicos estuvieron en silencio. Javier supuso que Sofía estaría rezando por su madre. Él nunca había sido muy partidario de las súplicas a Dios, aunque reconocía que a veces las había utilizado y que a veces incluso habían surtido efecto. Decidió también que él rezaría algo por la inquilina del sepulcro que tenía delante. Elisa se merecía aquel esfuerzo y Sofía todavía más. Y rezó lo que supo y se sintió importante por poder ayudar a su amiga de esa ínfima manera.

Entonces, casi sin darse cuenta, Sofía se puso delante de él. Ahora parecía más tranquila. No parecía quedar en su rostro apenas restos de la tristeza que instantes antes la había invadido. Únicamente sus ojos enrojecidos por el llanto indicaban un resquicio de mínima pena en su interior. Alzó sus manos y acarició las mejillas de su amigo con una dulzura que a Javier le pareció digna del mejor cuento de hadas. Le sonrió con aquella cara que era lo máximo a lo que podía aspirar a ser la mismísima belleza y le dijo:

—Gracias, mi niño. Nunca podré pagarte todo lo que haces por mí. No desaparezcas nunca de mi vida. Te lo suplico.

Javier la abrazó cariñosamente y la dijo en un susurro al oído:

—Si tú tampoco desapareces de mi vida me sentiré pagado con creces.

Y ambos se miraron a los ojos durante unos segundos y se perdieron en la mirada el uno del otro. Un silencio que sirvió para que los dos se reafirmaran en los sentimientos que sentían... unos sentimientos que ambos decidieron guardarse por el momento.

—¿Te apetece que nos vayamos ya y que demos un paseo? —preguntó Sofía.

Javier la dio un beso en la frente y la sonrió mientras la decía:

—Lo que tú quieras, princesa. Hoy soy tu esclavo y puedes llevarme a cualquier sitio que a ti te apetezca. Tú encamina tus pasos que yo te seguiré.